REVISTA CRÍTICA
HISPANO-AMERICANA

REVISTA CRÍTICA

HISPANO-AMERICANA

PUBLICADA POR

A. BONILLA Y SAN MARTÍN

«Ars tua, non vita est, camine laesa meo.»
(MARCIAL.)

TOMO III

MADRID
1917

REVISTA CRÍTICA
HISPANO-AMERICANA

PUBLICADA POR

A. BONILLA Y SAN MARTÍN

TOMO III.—NÚM. 1.°

SUMARIO:—Eduardo de Laiglesia: *Tres hijuelos habla el rey...*—Víctor Paret: *Cosas de España.*—M. García Caballero: *La filosofía política.—Notas bibliográficas* (de Q. Saldaña, E. Miñana y A. Bonilla, cerca de publicaciones de los Sres. Martín-Granizo, Redonet, González Aurioles y Monner Sans).

MADRID
1917

REVISTA CRÍTICA HISPANO-AMERICANA publicará en breve los siguientes artículos:

La Voluntad en Schopenhauer y en Espinosa.
Nuevas notas al Fuero de Córdoba.
Psicología de la Voluntad.
Kant en España.
La reforma pedagógica española.
El «intelectual» español. Notas psicológicas.
La ç, la s y la z en el castellano antiguo.
Sobre el origen del Romancero.

REVISTA CRÍTICA
HISPANO-AMERICANA

AÑO III (1917).—TOMO III.—NÚM 1.º

TRES HIJUELOS HABIA EL REY...

(ORÍGENES DE UN ROMANCE POPULAR CASTELLANO)

Tres hijuelos habia el rey,—Tres hijuelos que no más;
Por enojo que hubo de ellos—Todos maldito los ha.
El uno se tornó ciervo,—El otro se tornó can,
El otro se tornó moro,—Pasó las aguas del mar.
Andabase Lanzarote—Entre las damas holgando;
Grandes voces dió la una:—«Caballero, estad parado;
»Si fuese la mi ventura,—»Cumplido fuese mi hado,
»Que yo casase con vos,—»Y vos conmigo de grado,
»Y me diesedes en arras—»Aquel ciervo del pie blanco!»—
«Dároslo he yo, mi señora,—»De corazón y de grado,
»Y supiese yo las tierras—»Donde el ciervo era criado!»—
Ya cabalga Lanzarote,—Ya cabalga y va su vía,
Delante de sí llevaba—Los sabuesos por la traílla,
Llegado habia a una ermita,—Donde un ermitaño habia;
—«Dios te salve, el hombre bueno».—«Buena sea tu venida;
»Cazador me pareceis—»En los sabuesos que traia.»—
—«Digasme tu, el ermitaño,—»Tu que haces santa vida,
»Ese ciervo del pie blanco,—»Dónde hace su manida?—
—»Quedaisos aquí, mi hijo,—»Hasta que sea de día,
»Contaros he lo que vi,—»Y todo lo que sabia.
»Por aquí pasó esta noche—»Dos horas antes del día,
»Siete leones con él—»Y una leona parida.
»Siete condes deja muertos,—»Y mucha caballería.
»Siempre Dios te guarde, hijo,—»Por doquier que fuer tu ida,
»Que quien acá te envió,—»No te quería dar la vida.
»Ay, dueña de Quintañones,—»Del mal fuego seas ardida,
»Que tanto buen caballero—»Por ti ha perdido la vida!» (1).

Este romance, uno de los tres que se conservan en nuestro idioma sobre episodios artúricos, es acaso el más oscuro y ciertamente el más interesante de todos ellos. Su fuente directa es la historia de Lanzarote y el ciervo del pie blanco, contenida en la compilación neerlandesa en que un autor desconocido reunió, no sólo

(1) Wolf-Hofmann: *Primavera y flor de Romances;* Berlín, 1856; II, número 147.

los episodios principales de los últimos libros del Lanzarote francés, sino varias leyendas artúricas que sólo conocemos por su redacción holandesa. Pero en los veintisiete versos conservados por los Romanceros, encontramos acaso rastros de episodios y de aventuras que podíamos vislumbrar en el texto conservado, y que nuestro romance parece aclarar.

Veamos, ante todo, cuáles son los elementos que formaron la leyenda conservada en lengua flamenca, para examinar en cada caso los datos que aporta a este estudio el romance viejo que encabeza las presentes líneas.

Son aquéllos:

1.° Cuanto se refiere al ciervo del pie blanco, y a su personalidad humana.

2.° El papel desempeñado por la doncella que propone la aventura, y el casamiento de aquélla con el héroe.

3.° El perro que sirve de guía al caballero en la versión neerlandesa.

4.° La intervención de un personaje que trata de arrebatar al vencedor el premio de su aventura, fingiéndose autor de ella.

5.° La tentativa de un caballero cobarde, que pretende acabar la aventura, y que la abandona ante la primera dificultad que encuentra. Este elemento se confunde a veces con el anterior.

A estos han de añadirse dos más, que sólo aparecen en el romance:

6.° Los consejos de un ermitaño, que trata de apartar a Lanzarote de la aventura que sigue; y

7.° La extraña e interesantísima introducción de ocho versos con que empieza el romance.

EL CIERVO DEL PIE BLANCO

En el verso 9.° del texto que estudiamos, se cita explícitamente el ciervo del pie blanco:

«Y me diesedes en arras—Aquel ciervo del pie blanco.»

¿Qué ciervo era éste? ¿Y por qué pedía la doncella tal *don?*

Dos son los textos que tratan de él. El *lay* de Tyolet, y el Lanzarote holandés, y de ellos parece probable que el primero sirviera de modelo al segundo, o quizá que ambos procedan de una fuente común. Pero lo que desde luego encontramos mejor conservado en

Tyolet, aunque se advierte fácilmente que su autor no entendió bien la leyenda primitiva, es que el ciervo del pie blanco era en realidad un caballero, transformado por arte de magia en ciervo. Este encantamiento terminaría el día en que un caballero cortase el pie blanco, volviendo entonces aquél a su ser humano. Esta *debió* de ser la historia, y digo que debió, porque no conservamos ningún texto que nos muestre el cuento en su forma primitiva; pero en *Tyolet* encontramos datos bastantes para sostener semejante tesis.

Veamos ante todo, en dos palabras, en qué consiste la historia del ciervo del pie blanco: Una doncella pide a un caballero que persiga a un ciervo al que guardan fieros leones. El héroe Tyolet, o Lanzarote, según la versión, logra su propósito, cortando el pie del animal; pero herido por los leones, ve cómo otro caballero le arrebata la prueba de su victoria. Más tarde, y después de varias aventuras, logra hacer valer su derecho, obteniendo, en unas versiones, la mano de la doncella, o renunciando a ella, en otras.

Veamos ahora lo que puede aclarar la cuestión el lay de Tyolet:

El héroe de este poema es un personaje imitado de Perceval, o quizá derivado de la misma fuente que éste. Como aquél, se cría en el bosque; como aquél, desconoce las reglas fundamentales de la caballeria andante, y, como el héroe galés, la primera noticia que tiene de lo que son aquéllas, la adquiere en un encuentro con cierto caballero, cuando cazaba por las tierras de su madre. Justamente ese episodio, curiosísimo, es el que ha de examinarse con detenimiento, pues en él encontramos por primera vez, y en forma única, al ciervo-caballero.

Tyolet persigue a un ciervo; después de larga carrera, logra éste pasar un arroyo, pero cuando el cazador va a salvar el obstáculo, cruza ante él un corzo. Tyolet lo mata, pero al hundir en él su cuchillo, el ciervo, que se había detenido a poca distancia, se transforma en un caballero, armado de punta en blanco. He aquí el texto original:

Sa main tendi, illec l'ocist
Son costel, trest, el cors li mist.
Endementres qu'il l'escorcha,
Et li cers se tranfigurà
Qui outre l'eve s'estoit mis
Et un chevalier resembloit:
Tot armé sor l'eve s'estoit.

El ciervo-caballero enseña al héroe los principios de la caballeria andante, el uso y significacion de las armas, y cuanto podía interesar a Tyolet. Y este, que desde el primer momento ha llamado al extraño personaje *chevalier-beste,* adopta este nombre al llegar a la corte de Artús, y lo conserva en sus primeras aventuras.

Como se comprende fácilmente, tal episodio se halla alterado por el redactor del lay de Tyolet, pudiendo afirmarse que, en la versión primitiva, Tyolet hería al ciervo, y éste, entonces, recobraba su forma humana. Probablemente el encanto sólo subsistía hasta que se cortara el pie blanco, y por eso la doncella pedía al caballero que, una vez llegado al lugar donde el ciervo se encontraba guardado por los leones, no lo matara, ni siquiera lo capturara, pero que le cortara el pie.

Cuando Tyolet emprende la aventura principal de su historia, el redactor parece ignorar quién era el ciervo del pie blanco, y esto mismo sucede en todo el episodio del Lanzarote neerlandés. Ambos caballeros corren en busca del ciervo, salvan los innumerables obstáculos que se les oponen, matan a los fieros leones que lo guardan, pero ignoran la razón que les mueve al perseguirlo, y creen sólo satisfacer un capricho femenino.

El autor del romance que me ocupa, parece conocer mejor la historia del *chevalier-beste,* o por lo menos da, aunque embozadamente, una genealogía del ciervo misterioso. Porque de los *tres hijuelos que habia el rey,*

El uno se tornó ciervo.

¿Era éste el que buscaba la doncella, para desencantarlo? ¿Cómo comprender si no la incoherente introducción del romance, cuyas oscuras frases trato de explicar?

Según esto, aunque también imperfectamente, el autor castellano conoció una versión más auténtica de la historia, si bien tal conocimiento debió de ser muy incompleto, ya que sólo le sirvió para la ligera alusión del principio; pero esto solo, viniendo a confirmar lo que Tyolet nos enseña, es de gran interés para la reconstrucción de la leyenda del ciervo del pie blanco y sus demandantes.

LA DONCELLA MANDADERA

Es un personaje característico de las novelas artúricas. La llegada de una doncella que viene a proponer una aventura, es casi

siempre el comienzo de los poemas biográficos y episódicos. Ahora bien, en el caso actual, concurre cierto número de particularidades que conviene examinar.

La que aparece en Tyolet, ofrece como premio su mano, y el caballero, terminada victoriosamente su aventura, se casa con ella, reinando a su lado hasta el fin de sus días. Otro tanto ocurre en el Lanzarote holandés, pero el protagonista, fiel a la reina Ginebra, renuncia a la doncella. Este es, sin embargo, un elemento que debemos considerar como primitivo, y como forma moderna la contenida en el texto neerlandés, ya que la aventura hubo de modificarse en este sentido para conservar la unidad de la historia de Lanzarote del Lago. Fijémonos ahora en el contenido del romance que examinamos:

Si fuese la mi ventura,—Cumplido fuese mi hado,
Que yo casase con vos,—Y vos conmigo de grado.

Planteada la aventura en la forma corriente, ¿cuál de las dos versiones fué la que siguió el autor del romance? Acabando éste aun antes de comenzar la aventura, es difícil determinar cómo terminaría, aunque parece lo más probable que siguiese, si alguna vez contuvo más de lo que conservamos, el orden de los episodios del poema neerlandés, y que el casamiento no llegara a verificarse.

En el romance, la doncella no aparece en la corte; como en las demás formas del cuento, estaba donde

Andabase Lanzarote—Entre las damas holgando...

por lo que debía conocer sus amores con la reina, resultando el ofrecimiento del suyo un don gratuito y que conocidamente había de ser rechazado. ¿Es que Lanzarote sustituyó a otro caballero, libre, Tyolet, por ejemplo, o al modelo común a este poema y a la compilación neerlandesa? ¿O es que, conocidas las dos versiones, se amalgamaron?

Otro punto, para mí de mayor importancia, y hasta ahora insoluble, es el problema contenido en los últimos versos del romance, cuando el ermitaño exclama:

¡Ay, dueña de Quintañones,—Del mal fuego seas ardida,
Que tanto buen caballero—Por ti ha perdido la vida!

¿Quién era la dueña Quintañona? Aquí aparece como la que ha provocado la aventura. ¿Era, pues, ella la doncella mandadera? De

esa dueña Quintañona, tan popular sin duda en nuestra patria, ya que de tres romances que conservamos sobre el ciclo bretón la encontramos en dos (1), no aparece rastro en las novelas artúricas. El romance de Lanzarote aleja toda idea de que pudiera ser la reina Ginebra, ya que cita a ambas. Además, la dama que envía a Tyolet y a Lanzarote en demanda del ciervo del pie blanco, ofrece casarse con el heroe: era por tanto una *doncella,* y no una *dueña.* Lanzarote hubiera realizado por amor de la reina aventuras más difíciles y peligrosas, pero claro está que no por conquistar su mano. Este mismo caballero emprende diversas demandas para socorrer a varias dueñas; la de Nohan, que da principio a sus aventuras, por ejemplo. En la historia de sus amores con la reina, interviene a menudo la dueña de Malehaut, más tarde amante de Galeote y confidente de la reina Ginebra, que la prefiere a otras de su corte. ¿Sería ésta la dueña Quintañona? Pero si su proximidad a la reina, en el romance de Lanzarote, pudiera hacernoslo creer, ni una sola de las aventuras que contienen las novelas francesas nos autoriza a atribuirle el papel principal en el episodio del ciervo del pie blanco. Acaso en el Perceval le Gallois, o más bien en el poema de Wolfram von Eschembach, pudiéramos encontrar algún personaje que, unido al popular de la dueña de Malehaut, o de Malaut, diera origen a esa dueña Quintañona, más propia de un libro de caballerías castellano que de un texto artúrico. La escena que describe el romance de Lanzarote, recuerda en su principio la primera entrevista del caballero con la reina, que inmortalizó Dante en su famoso episodio de Paolo y Francesca:

Quando leggemmo il disiato riso
Esser baciato da cotanto amante,
Questo, che mai da me non fia diviso,
La bocca mi baccio tutto tremante:
Galeotto fu il libro e chi lo scrisse...

Con Galeote, y alejada de los dos amantes, por cuyos amores velaban ambos, estaba la dueña de Malehaut, y con la reina escanciaba el vino a Lanzarote y a su amigo (el alto príncipe, señor de las extrañas ínsulas, que por amor del caballero del Lago renunció a

(1) Esa dueña Quintañona—Esa le escanciaba el vino.
(Romance de Lanzarote.)

sus victorias sobre el rey Artur, declarándose feudatario del reino de Londres), como en el romance de Lanzarote, cuando éste

de Bretaña vino...

En resumen: La dueña Quintañona podría ser el resultado de una amalgama de personajes, dominando en ella la dama de Malehaut, y un capricho del autor del romance la confundió con la doncella mandadera, ciertamente la misma que en Tyolet y en el texto holandés ofrece su mano, o la de su señora, al que termine la aventura.

EL PERRO-GUÍA

He aquí otro elemento que conoció de un modo imperfecto el redactor castellano, y que, sin embargo, es característico de las varias versiones.

En el poema neerlandés, la doncella llegaba a la corte con un perro:

Quam ene joncfrouwe gereden daer
Een wit hondekin liep haer naer...

y éste había de servir de guía al caballero que emprendiera la aventura, llevándole al lugar donde «Hace su manida» el ciervo del pie blanco. La falta de este personaje obligó a inventar el ermitaño, cuyo origen veremos más adelante, para que señalase al caballero el camino que había de seguir y explicase lo que se omitió en los primeros versos, o sea decirnos en qué consistía la aventura.

Es éste, también, un episodio típico de los poemas artúricos, variando sólo el animal que sirve de guía. En *La mule sanz frainz* es ésta la que conduce al que la monta hasta el lugar donde ha de conquistar el freno perdido; en Tyolet y en el Lanzarote holandés, es un perro. En el romance la alusión está poco clara, limitándose a decir que

Delante de sí llevaba—Los sabuesos por la traílla,

resto evidente del episodio del perro-guía. Pero existe algo más curioso respecto de este punto, y es que, de los tres hijuelos que maldijo el rey,

El otro se tornó can...,

y éste debe de ser, sin duda alguna, el que servía de guía al caballero demandante, como el cisne que, por la pérdida de su collar, no pudo recobrar la figura humana, y guiaba a su hermano en todas las aventuras, según nos cuenta *La Gran Conquista de Ultramar.*

Vamos viendo aparecer a los hijos malditos de la introducción, de los que no hay rastro en ninguna versión extranjera, pero que quizá se remonten a una tradición perdida que trataremos de reconstruir al finalizar estos estudios parciales.

EL FALSO DEMANDANTE

De este episodio nos es imposible prescindir, aunque nada encontremos en el romance analizado, ya que por si sólo constituye la trama de la historia. Ya dijimos en otra ocasión cómo el vencedor de los leones, después de cortar el pie del ciervo, se ve arrebatar la prueba de su victoria, y cómo más tarde logra hacer valer su legítimo derecho; pero en este punto las dos versiones de Tyolet y del texto neerlandés parecen proceder de otra más arcaica, de la que el Tristán nos conserva una lección más primitiva y correcta. Me refiero a la demanda de Iseo, en la cual, para obtener la mano de la princesa de Irlanda, Tristán de Leonis mata a un terrible dragón, que asolaba los alrededores de Weiseford, guardando la lengua en una de sus calzas y cayendo sin sentido por efecto del veneno que destilaba. El senescal del rey de Irlanda, que aspiraba a la mano de la princesa de los cabellos de oro, no duda en cortar la cabeza del monstruo muerto, y reclama el premio de su hazaña. Tristán, recogido y curado por la reina, prueba, enseñando a todos la lengua de la sierpe, que él fué el matador.

Como el romance nada dice de este importantísimo episodio, nos valdremos de otro, referente a la historia de Alonso Pérez de Guzmán, el Bueno, en el que no sólo encontramos con todo detalle una historia que, por su analogía, debe considerarse derivada de una forma primitiva del Tristán, sino también cierto episodio de la historia de Ivain, el hijo del rey Urien, aquel mismo lance que le valió el sobrenombre del *Caballero del León.* Aunque este examen nos aparte algo del texto analizado, completará la historia perdida del *falso demandante.*

El romance (1) cuenta cómo D. Alonso Pérez de Guzmán, después de la hazaña de la defensa de Tarifa, que le inmortalizó, pasa a África al servicio del rey de Fez; he aquí los primeros versos:

Reinando en Fez y Marruecos
Abenyuzaf, moro honrado,
Estando en el Algecira
Con el rey sabio atreguado.

Comenzando a tratar del episodio que nos interesa, al verso 57, dice en esta forma:

Y fué que cerca de Fez
Se había en selva criado
Una sierpe brava y fiera
Que el reino tuvo aterrado,
La cual era de gran cuerpo,
Ligera más que un caballo;
Por las alas que tenía,
Con que el cuerpo era ayudado;
Tenía conchas más duras
Que el acero bien templado,
Y de miedo de la sierpe
Nadie sale de poblado.
Ya en la selva había comido
La sierpe, y despedazado
Todas las bestias salvajes,
Cuantas allí se han criado,
Y faltándole comida,
Sale a comer el ganado;
Ganados y ganaderos
Todo dejaba pillado

En forma análoga describen al dragón: Beroul, por boca de su imitador Eilhardo de Oberga, Thomas, por medio de la Saga escandinava, el *Syr Trystrem*, Godofredo de Estrasburgo, y, por último, los manuscritos más antiguos de la novela en prosa francesa.

(1) *Romancero General*, núm. 954. Códice de la Biblioteca Salazar: Genealogía de la casa de Guzmán.

Ese dragón horrendo que

Toda la gente de Fez
Ves, Infante, que no ha osado
Salir a matar la sierpe,
Ni a verla el más esforzado...,

no arredra a D. Alonso, el cual,

De noche sale de Fez,
Con lanza, adarga y caballo...

como Tristán del buque que lo llevó a Irlanda;

Al lugar do está la sierpe
Camina el bravo Guzmano,
Y llegando cerca de él,
Vió dos moros ir turbados,
Y emparejando le dijo
Un moro al fuerte cristiano:
—¿Adónde vas, caballero?
¿Vas loco o desesperado?
Mira que queda bien cerca
La sierpe en un verde prado
. . . . . .
Por Alá te ruego y pido
Que huyas: huye, cristiano;
Si no es que quieras morir
De fieras despedazado.
Don Alfonso, no temiendo,
Antes esfuerzo cobrando,
Hace a los moros que vuelvan,
Más de fuerza que de grado,
Y uno le mostró la sierpe....
. . . . . .
La sierpe engrifada y fiera,
Sus dientes y uñas mostrando,
El uno al otro se arrojan,
Y el Guzmán, bien fortunado,
Del primer bote de lanza
A la sierpe ha derribado.
. . . . . .

Cortan la lengua a la sierpe
Porque así les fué mandado,
La cual guardó Don Alfonso
Como astuto y avisado.

Tal es también el combate de Tristán con el dragón de Weiseford. El mismo encuentro en el camino con los que huían, que en el texto bretón eran el propio senescal y sus caballeros; el mismo modo de atacar al monstruo con la lanza, si bien el golpe mortal lo da con la espada; y el mismo acto de cortarle la lengua, que guarda como prueba de su hazaña:

Reine dame; del serpent
Menbrer vus dait que je l'ocis
Quan jo vinc en vostre pais;
La teste li sevrai del cors,
La langue trenchai e pris hors.

El de Guzmán, más prudente, no guarda la lengua en su calza, causa del envenenamiento del héroe bretón. Pero sigamos la lectura del romance:

Pasados dos o tres días
Del hecho tan señalado,
Un moro gran caballero
Por el prado había pasado,
Y como muerta la vió
Fué alegre y regocijado
Entendiendo que otras fieras
Le habían la muerte dado;
Y él queriendo ganar honra
La cabeza le ha cortado,
Y al Rey con gran regocijo
La presenta muy ufano,
Diciendo que él la mató
Por servillo y agradallo.

El senescal del rey de Irlanda no lo hace por mera fanfarronería, como aquí, y tampoco cree, como el moro, que las fieras la hayan matado; sabe quién la mató, pero, esperando que muriera en el combate, corta la cabeza al dragón, y, presentándola al rey, pide el premio ofrecido, o sea la mano de Iseo la Brunda. Tristán prueba

su derecho mostrando la lengua cortada de la sierpe; he aquí cómo lo hace Guzmán el Bueno:

Sonriéndose el Guzmán
A la cabeza ha llegado,
Y hizo abrirle la boca,
Y, habiéndola bien mirado,
Dijo al caballero moro,
Que allí estaba muy hinchado:
—No tuvo lengua esta sierpe,
O habéisela vos cortado?
Porque no diga verdades
Débensela haber quitado!
El moro que aquesto oyó,
Demudóse de turbado...

como el senescal, que, ante esta prueba, renuncia al combate judicial.

Evidente es la imitación del texto artúrico, y no de un texto artúrico accesible en los impresos de los siglos XV y XVI, ya que la novela en prosa castellana de Tristán no contiene esa aventura. Tal es el episodio que falta en el romance de Lanzarote y el ciervo del pie blanco. Pero aun parece más extraño encontrar en la historia de Guzmán el Bueno la aventura principal del Caballero del León. Comparemos los textos:

La sierpe que combate D. Alonso, estaba a la sazón

Con un león en batalla,
Que sólo vellos da espanto;
Y aunque el león es muy fuerte,
Anda herido y cansado.
.....
Don Alfonso que los vió,
Arremetió denodado
A la sierpe y al león,
Que a entrambos va enderezado.
Viéndole el león, le teme
Y apártase dél a un lado;
.....
El león, viéndola en tierra,
Estaba todo temblando:
Por no verse como ella,

Da sobre ella denodado,
Por ayudar al Guzmán,
Por no ser de él acabado,
Que el león al leonés
Le teme y está ayudando.
Y al fin, al fin Don Alfonso
Allí la sierpe ha matado,
Y el bravo león humilde
A sus pies se le ha postrado,
Como en agradecimiento
De haberle la vida dado.

Cuando más tarde se prueba la hazaña del de Guzmán,

El león, no menos que ellos,
Atestiguaba en el caso,
Que a los pies de Don Alonso
Siempre se andaba postrando.

Comparemos estos versos con los del *Yvain* de Chrestien de Troyes:

3347 Et quant il parvint cele part,
Vit un lion an un essart
Et un serpant qui le tenoit
Par la coe et si li ardoit
Trestoz les rains de flame ardant.
. . . . . .
3364 L'espee tret et vient avant
Et met l'escu devant sa face,
Que la flame mal ne li face...
. . . . . .
A l'espee qui soef tranche
Va le felon serpant requerre,
Si le tranche jusqu'an terre
Et an deus mitiez le tronçone,
. . . . . .
3388 Quant le lion delivré ot,
Cuida qu'a lui le covenist
Conbatre et que sor lui venist;
Mes il ne le pansa onques.
Oez que fist li lions donques!
Il fist que frans et deboneire,

Que il li comança a feire
Sanblant que a lui se randoit,
Et ses piez joinz li estandoit
Et vers terre ancline sa chiere,
S'estut sor les deus piez derriere
Et puis si se ragenoilloit
Et tote sa face moilloit
De lermes par humilité.
Mes sire Yvains par verité
Set que li lions l'an mercie
Et que devant lui s'umilie,
Por le serpant qu'il avoit mort
Et lui delivré de la mort.

Parece inútil añadir comentario alguno, ya que los propios textos están bastante claros; pero, ¿cómo vinieron esos dos elementos artúricos a reunirse en un romance que trata de un héroe tan español como Guzmán *el Bueno?* En él hemos encontrado la historia del falso demandante que faltaba en el romance analizado, y esto debe bastarnos, pues ya nos hemos apartado demasiado de nuestro estudio, si bien ha sido con objeto de aportar nuevos datos para su examen.

EL CABALLERO FANFARRÓN

Como suprimió la aventura anterior el romance, prescindió también de ésta, accesoria y meramente accidental. Y, sin embargo, es de las que encontramos en todas las versiones, y hasta podemos decir que en todos los poemas biográficos artúricos. Porque ese caballero fanfarrón y presuntuoso que pretende acabar las más difíciles y peligrosas aventuras, servía de fondo al protagonista, que triunfaba siempre allí donde los otros fracasaban. Ké, o Kex, el senescal del rey Artur, y que, según se afirma en el libro de Merlín, pasó muchos años por hermano suyo, ocultando de este modo el nacimiento adúltero del hijo de Uterpendragón, es quien desempeña casi siempre ese triste papel. En *La Charrete* él es quien pretende defender a la reina contra el fuerte y traidor Meliangas. En *La mule sanz frainz,* el que monta primero en la mula; en *Perceval li Gallois,* el que primero ataca al héroe; en el episodio del ciervo del pie blanco del Lanzarote neerlandés, Ké es quien primero sigue al perro-guía.

Pero cada vez es mayor el fracaso. Meliangas arrebata a la reina y lleva prisionero al imprudente senescal, al cual ha de librar más tarde Lanzarote; la mula conduce al caballero a un bosque infestado de serpientes y otros animales dañinos, que hacen retroceder al infortunado demandante; la lanza de Perceval hace rodar por tierra al temerario, vengando así antiguas ofensas, y, por último, la mansa corriente de un río detiene a Ké en su aventura del ciervo del pie blanco.

No es, pues, un carácter esencial de la historia que me ocupa el del caballero fanfarrón, cuya procedencia debemos considerar como puramente literaria, y no popular y primitiva; pero no debemos omitir, sin embargo, este elemento de la leyenda extranjera, aunque falte en la lección conservada en nuestro idioma.

La personalidad del senescal Ké se ha alterado mucho en las versiones tardías de las leyendas artúricas, del mismo modo que el carácter del rey Mares de Cornualla varía notablemente en las redacciones en prosa del Tristán, si lo comparamos con el que nos pintan las versiones rimadas. Y de esto no se libró el propio sobrino del rey Artur, sostén y fundamento de la Tabla Redonda, y modelo de todos los caballeros andantes del ciclo, el cortés Galván, a quien encontramos en versiones tardías convertido en un guerrero cruel y sanguinario. Ké era un caballero valiente, pero desgraciado; su único defecto consistía en no conocer la debilidad de su brazo, y acometer aventuras desproporcionadas con sus fuerzas; pero estas generosas condiciones sirvieron más tarde para ridiculizarle, tornándole en marco para realzar las aventuras ajenas. Donde el senescal fracasaba, no encontraba obstáculos el brazo pujante del que había de terminar la aventura.

Algunos eruditos, fundándose en el nombre (Ké, Queu), han creído ver en ese personaje al cocinero (?) del rey de Londres. Más ilustre alcurnia tenía el caballero que durante su infancia vivió como hermano de su señor, y al que crió la misma que amamantó al hijo de Uterpendragón e Ygerna.

Y si nos fijamos en su carácter, nos recordará algo el del protagonista de nuestra novela inmortal, el invencible y, sin embargo, siempre vencido caballero Don Quijote de la Mancha. La misma pujanza en acometer las aventuras, y el mismo desgraciado término; las mismas caídas dolorosas, tras de altivos y soberbios desafíos. Acaso conoció Cervantes el personaje, popular en Fran-

cia desde que las novelas en prosa lo vulgarizaron, y familiar en España por las diversas ediciones de Tristanes, Merlines y Demandas.

EL ERMITAÑO Y SU ORIGEN

Con este personaje empiezo a ocuparme de lo que el romance contiene de original, o, por lo menos, de lo que no se encuentra en las versiones que lo formaron, y con él vemos aparecer la influencia de un elemento nuevo y ajeno a la leyenda, pero que hallaremos más tarde influyendo decisivamente sobre ella. Me refiero a la historia de Perceval de Gales, en sus formas francesa y alemana de Chrestien, Wolfram von Eschembach y su problemático modelo Kiot. Y al mismo tiempo trataré de reconstruir el probable arquetipo de la leyenda primitiva perdida, con los elementos que para ello aporta a este estudio el Lanzarote neerlandés en alguno de sus más interesantes episodios. Aludo a la historia de Morien, contenida en él.

El ermitaño parece a primera vista un elemento extraño a la historia; evidentemente, si el autor del romance hubiera conocido al perro-guía, no hubiese necesitado preguntar Lanzarote dónde se ocultaba el ciervo, y, del mismo modo, la doncella mandadera debía explicar al héroe en qué consistía la aventura; pero al encargar de esta misión al ermitaño, el romance, lejos de apartarse de sus fuentes más primitivas, las sigue, acaso inconscientemente.

Por un ermitaño conoce Perceval la significación de la lanza y del grial, y este personaje, con su carácter religioso, es propio de la forma más mística de la leyenda artúrica. Un ermitaño es quien en el fragmento relativo a Morien, del Lanzarote neerlandés, enseña a los tres compañeros, Galván, Lanzarote y Morien, adónde conducen los distintos caminos. Por último, cuando al fin logra encontrar este caballero a su padre Agroval, *hermano de Perceval,* ambos estaban en la ermita de un tío suyo, en cuya compañía hacían penitencia. Por tanto, el ermitaño de que nos habla el romance tiene su fuente directa en la leyenda de Perceval, es característico de ella, y de ella salió para unirse al Lanzarote holandés formando el episodio de Morien, que, como veremos, es una versión paralela a la del ciervo del pie blanco.

EL OTRO SE TORNÓ MORO,
PASÓ LAS AGUAS DEL MAR.

Examinados parcialmente los distintos versos de la introducción del romance, sólo éste nos queda por estudiar; pero es, quizá, el punto más interesante de la cuestión. Hemos descubierto al ciervo del pie blanco en uno de los tres hijos malditos; el perro-guía parece ser el segundo de ellos; pero, ¿quién era el tercer hijo que, a pesar de la maldición, conservó su figura humana? Dos son los *moros* que encontramos en la leyenda artúrica, y no puede atribuirse a mera casualidad el que las dos citas estén contenidas, una en el *Parsival* de Wolfram von Eschembach, y la otra en el propio Lanzarote neerlandés y en ese episodio que hemos citado como gemelo del de el ciervo del pie blanco. Feirefiss y Morien, tales son los nombres de los dos caballeros, hijo el uno de Gamureth y de una princesa mora, y, por tanto, hermano de Parsival, y el otro, sobrino del demandante del santo grial.

Tyolet, Morien, Perceval y el ciervo del pie blanco, pueden considerarse derivados de una fuente común, ya que tienen más de un punto de contacto. Veamos cuáles sean éstos:

Prescindiendo del ermitaño, pues de él hemos hecho capítulo aparte, y de las analogías que encontramos entre Tyolet y Perceval, podemos afirmar que Feirefiss y Morien son una misma persona. Extrañísimo es que se haya creado un personaje de ese género, y que se le haya colocado tan cerca del conquistador primitivo del grial, ya que Feirefiss es hermano suyo y Morien hijo de Agroval y, por tanto, sobrino del héroe galés. Y, sin embargo, éste es un episodio que, si bien no puede remontarse a los primeros tiempos de formación de la leyenda, ha de considerarse como inherente a ella en todas sus formas literarias. Este caballero, cuya sola vista daba espanto, más alto que el mayor de los de la Tabla Redonda, con la tez más negra que la noche, *pasó las aguas del mar* para buscar a su padre y hacerle cumplir la promesa que otorgó a su madre de casarse con ella. Pero al emprender la demanda de Agroval, uno de los demandantes (Lanzarote) mata una horrible sierpe, y herido por ella, *después de cortarle el pie,* ve cómo otro caballero, aprovechándose de su estado, que agrava hiriéndole de nuevo, *le arrebata el pie cortado para ofrecérselo a una dama que había pro-*

metido su mano a quien matase al fiero dragón. Tyolet, Tristán, el ciervo del pie blanco, Perceval, todos conservan elementos diversos de estas aventuras que con cierta unidad se nos cuentan en Morien, y que, sin embargo, contienen una versión decadente e interpolada; pero de todo ello resulta que, unida a la leyenda del ciervo, existía otra de un caballero *moro,* y que a ésta se refiere el romance en su verso 4.°.

Examinados, aunque someramente, los diversos elementos que constituyen las diversas historias que se hallan en el romance que me ocupa, ¿podrán reunirse en la forma en que se encontrarían cuando por primera vez se juntaron? Porque todos esos *lais* diversos alcanzaron una forma literaria primitiva perdida, de la que fueron disgregándose para formar los poemas particulares que conservamos.

EL SUPUESTO ARQUETIPO

He aquí lo que pudo ser la historia generatriz de todo este cuerpo literario (1):

R Un rey maldijo a sus tres hijos. El primogénito, por efec-
R to de la maldición, se convirtió en ciervo, y a su alrededor
y para hacer más difícil el desencantarle, siete fieros leones
RTT'L lo defienden. Sólo podrá volver a su figura humana, cuando
haya un caballero bastante valiente para acercarse a él y
TT'LM cortarle el pie blanco. Mas, para guiar al que emprenda la
demanda a través de las tierras infestadas de fieras y eri-
MILT zadas de dificultades, sólo hay uno: el otro hermano mal-
CI dito, que se convirtió en perro. Esta aventura sólo podría
R terminarla el otro hermano, a quien la maldición convirtió en
MP'R moro, tiñendo de negro su tez. Una doncella recorre el
RLTMT' mundo en busca del caballero, al que ofrece su mano si
logra terminar la aventura. Un caballero de la corte la em-
LTMIL prende, pero temiendo sus grandes peligros, la abandona.
MITL Tras él parte el que ha de acabarla, siguiendo al perro-guía.
PP'M Encuentra en su camino a un ermitaño, que le aconseja
LTM desista de su demanda. Combate con los leones y hiere al

(1) Para este análisis, designaré con iniciales los textos seguidos, en la forma siguiente:

R-Romance. T-Tyolet. T'-Tristán. L-Ciervo del pie blanco. M-Morien. P-Perceval. P'-Parsival. MI-Mule sanz frainz. CI-Caballero del cisne.

T ciervo, que se convierte en un caballero. Interpolación de
TT'LM la historia del falso demandante. Matrimonio del caballero
RTT'MI con la doncella mandadera.

Tal pudo ser la forma primitiva de la historia, aunque en algunos casos hayamos podido advertir discrepancias entre unas y otras versiones.

Lo que sí podemos afirmar es que nuestro romance conserva restos de algo que en épocas remotas debió de ser la clave que unió entre sí las diferentes leyendas citadas, y que, procediendo directamente de la fuente común del Lanzarote neerlandés, de la historia de Perceval le gallois, de Tyolet y de Tristán, muestra la unión que entre estos poemas independientes se podía advertir, ya que la leyenda del ciervo del pie blanco, la de Morien y la del falso demandante, aparecen más estrechamente unidas en el romance.

Considerando como dos interpolaciones, en el Lanzarote holandés, las leyendas de Morien y del ciervo del pie blanco, y teniendo en cuenta la influencia que la historia de donde proceden Tristán, Tyolet y Perceval, ejerció sobre aquella compilación, debemos suponer que el romance nos conserva una versión imperfectísima de una leyenda perdida, de la que surgieron como dos ramas, desdoblándose, quizá por obra individual, ambas leyendas neerlandesas, que atribuyendo la aventura a Lanzarote, confundieron al redactor castellano que siguió esta versión, olvidando quizá voluntariamente a aquel caballero moro que en otro tiempo la había terminado.

Tal vez fuera más extenso el romance de Lanzarote y el ciervo del pie blanco, y en él se comprendiesen las aventuras esenciales que hoy echamos de menos, pero, aun conservando sólo el breve fragmento con que comienza, acaso ha guardado lo más importante de una leyenda que sin él no conoceríamos (1).

EDUARDO DE LAIGLESIA.

San Vicente de la Barquera, 8 de Agosto de 1916.

(1) Milá y Fontanals, en *La Poesía heroico popular,* examina, aunque ligeramente, el contenido del romance. Pero la falta de textos originales, no accesibles aún en la época en que escribía el ilustre profesor, le hacen incurrir en varios errores fundamentales. Comienza afirmando que el relato del romance no corresponde a ninguna aventura determinada del ciclo artúrico en sus textos franceses, y esto se explica fácilmente si tenemos en cuenta que el lay de Tyolet, así como las

versiones en prosa y rimadas del Tristán, no eran aún accesibles para los eruditos de aquella época. Esta falta de elementos fué causa de que pudiera afirmarse que los tres romances artúricos conservados fueron *originariamente compuestos en lengua castellana,* cuando en ellos encontramos tan claro el origen extranjero. Incurre también en el error de creer que el romance trata de la muerte de Lanzarote, no fijándose en que no comenzando siquiera en él la aventura, era difícil inferir cómo terminaba, sin atenerse a los textos que sirvieron de modelo al redactor castellano, y en ninguna de las historias que contienen la del falso demandante se dice que el vencedor de los leones o de la sierpe muriera en la demanda. El claro ingenio del maestro catalán le hizo presentir la relación que existe entre el romance y el Perceval li Gallois, pero, aunque vió claro en el espíritu del texto, no pudo acertar al compararlo con una aventura determinada de las obras de Chrestien y de Wolfram von Eschembach. Milá deseó también encontrar el origen de la dueña Quintañona, y propone, aunque sin afirmarlo, a Morgaina, la hermana del rey Artur, pero, ¿en qué razón se funda? Justamente el romance de Lanzarote y la reina nos habla de la dueña Quintañona como de una amiga de Ginebra, como su dama favorita, y nunca encontramos a Morgain en la corte de Artur, ya que este extraño personaje, en eterna lucha contra el rey y la Tabla Redonda, vive en castillos lejanos y apartados, donde realiza sus encantamientos y fragua sus maquinaciones contra la reina de Londres.

Por último, afirma Milá que *si en su origen el romance no atribuyese la desdichada aventura a un héroe innominado y sí al que ahora designa* (Lanzarote), *tendríamos en ello una prueba de que no fué inspirado por un lay en* lengua bretona, *en la cual era muy diverso el nombre del mismo personaje.* ¿Qué entendía el insigne catedrático por *lengua bretona?* ¿Y qué forma atribuye en dicha lengua al nombre de *Lançelot du Lac?*

A pesar de estas deficiencias, vió algo del problema fundamental de esta cuestión al buscar en los tres hijos del rey Constantino (Maynes, Uter y Pandragón) a los hijuelos malditos de la introducción, y al tratar de relacionarlos con las diversas metamórfosis de Merlín, dándose cuenta de que en la demanda del ciervo del pie blanco va envuelta una historia más complicada de lo que a primera vista se advierte.

Debo a mi querido amigo y maestro el Sr. Bonilla y San Martín la indicación del texto que publico en el apéndice II, *c),* así como también la observación acerca de la variedad de asonantes que aparece en el romance, que comienza en *a,* continúa después en *ao* y termina en *ia,* como si el texto se hubiera formado fragmentariamente.

Menéndez y Pelayo *(Tratado de los romances viejos;* Biblioteca clásica, tomo XII de la *Antología de poetas líricos castellanos)*, señala la relación entre nuestro romance y el de Guzmán el Bueno, haciendo notar el origen de esta leyenda, derivada de la historia de Alcatoo, y de su combate con el león que asolaba las tierras del rey de Megara. (Véanse págs. 97 y 476).

APÉNDICE I

Textos más antiguos del romance.

ROMANCE DE LANÇAROTE

a)

Tres hijuelos auia el rey — tres hijuelos que no mas,
por enojo que vuo dellos — todos maldito los ha;
el vno se torno cieruo — el otro se torno can,
el otro se torno moro — passo las aguas del mar.
Andauase Lançarote — entre las damas holgando,
grandes vozes dio la vna: — «cauallero, estad parado;
si fuesse la mi ventura, — cumplido fuesse mi hado,
que yo casasse con vos — y vos comigo de grado,
y me diessedes en arras — aquel cieruo del pie blanco!»
«Daros lo he yo, mi señora, — de coraçon y de grado,
y supiesse yo las tierras — donde el cieruo era criado!»
Ya caualga Lançarote, — ya caualga y va su via,
delante de si lleuaua — los sabuessos por la traylla,
llegado auia a vna hermita — donde vn hermitaño auia:
«Dios te salue el hombre bueno.» — «Buena sea tu venida;
caçador me pareceys — en los sabuessos que traya.»
«Digas me tu el hermitaño — tu que hazes santa vida,
esse cieruo del pie blanco — donde haze su manida.»
«Quedaos aqui mi hijo — hasta que sea de dia,
contaros he lo que vi — y todo lo que sabia;
por aqui passo esta noche, — dos horas antes del dia,
siete leones con el — y una leona parida;
siete condes dexa muertos — y mucha caualleria;
siempre dios te guarde hijo — por doquier que fuer tu yda,
que quien aca te embio — no te queria dar la vida.
Ay dueña de Quintañones — de mal fuego seas ardida,
que tanto buen cauallero — por ti ha perdido la vida!»

Cancione / ro de romances / en que estan recopilados la mayor par / te de los Romances Castella / nos, que hasta agora se / han compuesto. / Nueuamente corregido, emenda / do, y añadido en muchas partes. / En Anvers. / En casa de Martin Nucio, a la / enseña de las dos cigueñas. / M. D. L. V. Fol. 242.

b)

«Nuestros maiores no erā tan ambiciosos en ta*ss*ar los cō*s*onantes & harto les parecia que bastava la *s*emejança de las vocales avnque

non *se* con*si*guie*sse* la de las con*s*onantes. & a*ss*i hazian con*s*onar e*s*tas palabras *s*anta. morada. alva. Como en aquel romance antiguo:

Digas tu el ermitaño: que hazes la vida *s*anta:
Aquel cieruo del pie blanco donde hace su morada (1).
Por aqui pa*ss*o e*s*ta noche un ora antes del alva.»

Tratado de gramática, del Maestro Antonio de Lebrixa. Salamanca, 1492, folio 22 v.°

APÉNDICE II

EL CIERVO DEL PIE BLANCO

a)

Droit vers meson s'en volt aler, v.° 85
Quant soz un arbre vit ester
Un cerf qui ert et grant et gras,
(comienzo de la aventura del *chevalier-beste)*
....
Rois, j'ai a non chevalier beste v.° 295
.....
Qui le blanc pié du cerf trenchast v.° 347
.....
De set lions est bien gardé. v.° 356
.....
Qui le pié du cerf vos donra. v.° 360
.....
S'espée tret isnelement, v.° 457
Du cerf le blanc pié destre prent,
Parmi la jointe li trencha,
Dedenz sa huese le bouta.
Le cerf cria molt hautement,
.....

Tyolet. Romania, vol. VIII, pág. 29 y sig.

b)

Een hert met enen witten vote v.° 22300
Es meester vanden watere al

(1) Al folio 25 se repiten los dos primeros versos, diciendo, como en las versiones modernas, *manida*. Hay una glosa de *Digas tu el ermitaño* en el *Cancionero* de Constantina.

Ende vanden foreeste dat staet int dal.
Vort so bliken aplie berge
Die lyone groet alse dwerge,
Die den hert alle wachten.
Het doet daer quaet ieman vernachten:
Nacht ende dach sijn si gegar:
Mi ware leet ware ic gespar
Jegen hen: si sijn soe fel,
Dat wanic weten harde wel.

Lanzarote neerlandés, ed. Jonckbloet, vol. II.

c)

Aquel ciervo cariblanco
Que corre por aquel llano,
Quien fuere mi caballero,
Traigamelo a la mano.
Dias ha que yo ensoñe
Que mi mal no sera sano,
Si no me traen un ciervo
Cariblanco y rabicano,
Con el pie derecho negro,
Que no es de señal villano,
Por la propiedad que tiene,
Que sabella no es en vano:
Quien comiere deste ciervo,
De Cupido será hermano;
No le matará el amor,
Que no le dará de mano.

El Cortesano, de D. Luis Milán; Valencia, 1561.

d)

Chi endroit dist li contes que quant li empereres seoit si pensis al mangier com vous aues oi ke merlins [le] sot bien si uint iusqua lentree de romme & lors ieta son encantement & se canga en meruelleuse figure.

Car il deuint. j. cers li plus grans & li plus meruilleus ke nus ot onques veus. si ot. j. pie blanc deuant & v. brances en son chief les gringnors conques fuissent ueues sour cerf.

.....

... & quant li empereres vit que li cers nestoit retenus sen fu moult corecies & fist crier par toute la uille que quiconques porroit prendre lomme saluage ou le cerf il li donroit sa fille & demi son roialme...

Sommer-*Merlin,* vol. II de *The vulgate version of the Arthurian Romances,* pág. 283 (1).

APÉNDICE III

HISTORIAS ARTÚRICAS DE METAMORFOSIS

a) Bisclavret.

En este *lay* de Marie de France se cuenta cómo un caballero se convertía en lobo periódicamente, y cómo por la traición de su esposa perdió la facultad de recobrar su figura humana, que residía en sus vestidos:

«Dame», fet il, «jeo vois tuz nuz». v.° 70.
«Di mei pur deu u sunt voz dras!»
«Dame, ceo ne dirai jeo pas;
»kar se jes eüsse perduz,
»e de ceo fusse aparceüz,
»bisclavret sereie a tuz jurs.
.....
Issi fu Bisclavret traïz, v.° 125.
e par sa femme mal bailliz.

En una cacería, el rey del país se apodera del caballero convertido en lobo, y éste se rinde a él:

Des que il a le rei choisi, v.° 145.
vers lui curut querre merci.
Il l'aveit pris par sun estrié,
la jambe li baise e le pié.
Li reis le vit, grant poür a;
ses cumpaignuns tuz apela.
«Seignur», fet il «avant venez!
»Iceste merveille esguardez,
»cum ceste beste s'umilie!

(1) Lo mismo en *Le roman de Merlin;* ed. Sommer; London, 1894; página 302.

Tras de diversas aventuras que no hacen al caso, Bisclavret (el hombre lobo) recobra sus vestidos, que su esposa le arrebató, y vuelve a su primitivo ser.

Marie de France-ed. Warnke; Halle, 1887.

b) Li biaus desconneus, de Renauld de Beaujeu.

Tant s'entent en li regarder, v.° 3.157
Que d'autre part ne pot garder:
La guivre vers lui s'elança
Et en la bouce le baisa;
Quant l'ot baisié, si se retorne,
Et li Desconnéus s'atorne;
Por li ferir a trait s'espée;
Et la guivre s'est arestée.
Samblant d'umelité li fait;
. . . . . .
A son cief trova une dame v.° 3.235
Tant bele, c'onques nule fame
Ne fu de sa biauté formée;
. . . . . .
»La Guivre qui vos vint baisier, v.° 3.348
»Qui si vos savoit losengier,
»Ce fui je, sire, sans mentir;
»Ne pooie autrement garir.»

Edición C. Hippeau. Paris 1860.

APÉNDICE IV

LA DONCELLA MANDADERA

a)

Fille au roi de Logres estoit; v.° 327
Sor un blanc palefroi seoit,
. . . . . .
«Biau sire, celui me donnast: v.° 348
Icelui a seignor prendroie,
De nul autre cure n'avroie;
. . . . . .
«Par foi», fet li rois, «vos creant v.° 357
Que itel soit le covenant

Que cil a fame vos avra
Qui le pié du cerf vos donra.»
. . . . . .
Li rois Artur li a donnée, v.° 700
Et la pucele l'otroia,
En son pais donc le mena;
Rois fu et ele fu roine.
De Tyolet le lai ci fine.

Tyolet.

b)

Daventure vertellet, twaren, v.° 22.271
Doe die heren wech waren,
Ende die hof gesceden was,
Daer ic hier vore nu af las,
Quam ene joncfrouwe gereden daer.
Een wit hondekin liep haer naer,
Ende tirst dat si int hof quam
Ende si den coninc Artur vernam
Sprac si na haer lans wise:
«Dat u God lone van paradise,
Die geweldech es alre sake!
Her coninc, doet horen mine sprake:
Hort nu mine aventure meest.»
. . . . . .
«Her coninc, gine hebt niet vernomen v.° 22.311
Op wat saken ic hier ben comen.
Diegene die mi hier heft gesant,
Si es coninginne in haer lant,
Ende van menegen riddere vrouwe.
Ic daert wel nemen op mine trouwe
Dat si hevet in haer bedwanc
Drie coninge al sonder wanc,
Die gereet tharen dienste sijn.»

Lanzarote neerlandes. vol. II.

APÉNDICE V

EL PERRO-GUÍA

Un blanc brachet triés soi portoit; v.° 329
. . . . . .
«C'est brachet», dist el, «vos menra v.° 369
La ou le cerf converse et va.»
. . . . . .
Droit a un eve le mena, v.° 378
Qui molt estoit et grant et lée,
Et noire et hisdeuse et enflée.

Tyolet

APÉNDICE VI

EL FALSO DEMANDANTE

a)

Et Tyolet les eulz ouvri, v.° 493
Qui du travail ert endormi:
S'aventure li a contée
Et de chief en chief racontée;
De sa huese le pié sacha
Et au chevelier le bailla.
. . . . . .
Mes li rois qui tant sages fu v.° 527
Por Tyolet qui n'ert venu
Respit d'uit jors li demanda:
. . . . . .
Et hors du buisson trainer v.° 604
Le serpent qui tant est cremu.
. . . . . .
Cil s'embroncha, molt fu hontos. v.° 664
. . . . . .

Tyolet.

b)

Doent dit sach die verradere groet v.° 46.610
Waendi dat hi doet ware
Ende liten licgen, ende ginc daer nare

Daer dat dier gelegen was,
Ende sloech hem af daer na das
Den *rechten voet,* ende souden dragen
Der joncfrouwen daer ic af hebbe gewagen,
Die hi waende hier met winnen.

Lanzarote neerlandés, vol. I.

c)

Tristan de Leonnoys.

Fol. xxxi r.—En ce pays auoit et repairoit vng serpent qui tout destruisoit et venoyt en ce chasteau ainsi cōme deux foys la sepmaine: et deuoroit et māgoit tous ceulx quil pouoit tenir: si que nul ne osoit yssir du chasteau hors pour le serpent. Le roy auoit fait crier que / qui pourroit occire le serpent il luy donneroit tout ce quil demāderoit voire la moytie de son royaulme et yseult sa fille silla vouloit auoir. Si aduint que le serpēt vint au chasteau ce iour mesmes que le roy auoit fait crier ce cry & chascun q̄ yssoit de ce chasteau de ceulx q̄y repairoient sen refuyoient criant et brayant: et tristan demāde que cestoit: et on luy dist ce q̄ ie vous ay dit et le cry que le roy en auoit fait faire. Quant Tristan ouyt ce si se arma si coyement q̄ nul ne le sceut: puis sen yssit hors du chasteau par vne faulce poterne: si alla tant quil vit le serpent: et si tost comme le serpēt le vit si luy courut sus / et Tristan a luy: si cōmēca la bataille de eulx deux forte et cruelle. Le serpent luy gecte les griffes en son escu: si luy rond la guige et tout quanque il attaint et gecte feu & flābe p la gueulle: si que il luy art tout son escu & peu sen fault qui ne labatit a terre. Tristā se rauigore et haulce lespee & fiert le serpēt / mais il trouua la peau si dure que son espee ny peut entrer / lors luy gecte vng coup destoc et le serpent luy viēt gueulle bayee pour le māger et Tristā sauise & luy met lespee par la gueulle au vētre: si luy coupe le cueur au vētre en deux pieces: et adōc le serpēt cheut mort. Et tristan luy coupa la langue & la boute en sa chausse: puis sen part: Mais il neust gueres alle quil cheut a terre tout enuers tout ainsi cōe sil fust mort pour le veni de la lāgue du serpēt q̄ estoit en sa chausse. Le roy Argi[9] auoit vng seneschal quō appelloit Aguynguerrē le roux. Il venoit au chasteau: si trouua le serpent occis: & celuy luy coupe la teste et dist q̄l la p̄sentera au roy et puis luy demādera sa fille et la moytie de son royaulme & q̄ il fera a croire au roy quil a le serpēt occis / ce seneschal viēt au roy a tout la teste du serpēt: & dist au roy. Je tay occis le serpēt q̄ tout te destruisoit cest pays veez en cy la teste: or te demāde yseut ta fille & la moytie de ton royaulme cōe

tu me las en cōuenāce / le roy se esmerueille mōlt: & dist Seneschal ie pleray a yseult ma fille si scauray q̄lle en dira. Atāt sen va le roy en la chābre de la royne & trouue la royne & yseult sa fille ensemble & leur cōpta q̄ le seneschal auoit occis le serpēt & q̄l luy en auoit apporte la teste: or fault il q̄ ie tiēne la promesse q̄ iay fait crier: & quāt la royne et yseult ouirent ce si sont forment courroucees / si dist yseult q̄ ia ne lauroit & q̄ mieulx aymeroit estre morte q̄ ce felō roux traitre la eust: mais sire vo⁹ yrez a luy & luy direz q̄ vo⁹ aurez cōseil auec voz barōs de ceste chose / Et luy en scaurez a dire dedās. viii. iours la verite. Lors reuint le roy au seneschal & luy dist les parolles que ie vo⁹ ay dictes / et le seneschal luy ottroia / la royne dist a yseult sa fille. Fille or allons tout coyemēt vo⁹ & moy veoir se le serpēt est mort / car ie ne croy pas q̄ le seneschal fust si hardy de oser le serpēt assaillir. Dame dist yseult voulētiers / lors sen vōt elles deux seulles fors de deux escuiers permis & Mathanael si vōt tāt q̄lz trouuerēt le serpēt occis / si le regardēt assez / puis sen vōt & regardēt dune part et dautre du chemin si voiēt Tristā q̄ illec gisoit cōe mort & estoit enfle aussi gros cōe vng tōneau / si vōt celle part/ mais poīt ne le cōgneurēt pour lēfleure dequoy il estoit plain. Adōc dist yseult / cest hōe est mort ou enuenime par le serpēt et ie croy quil a occis le serpēt et le serpent luy. Lors fōt tāt par pitie a layde des deux escuiers q̄lz lēporterēt en leur chābre & illec le despouillēt: si fut trouuee la lāgue du serpēt en sa chausse / et yseult laporta & trouua q̄l auoit vie si lui fist boire dung triacle & sētremist tāt de luy q̄l fut tout desenfle & guery & reuint en sa beaulte et elles voient que cest Tristan leur cheualier: si ensōt biē ioyeuses. Au chef de huit iours reuint le seneschal au roy et luy demānde son don: et le roy demāde cōseil a ses barōs et ses barōs luy dirent q̄l luy dōnast puis quil luy auoit promis. Quant yseult ouyt ce si cōmēce a fair grant quelle: si dist q̄lle se lairroit aincois demembrer quil leust ne quelle le prensist. En ce dueil que elle faisoit tristan va venir qui luy demande quelle a ne pourquoy elle fait tel dueil / et elle luy cōpte q̄ le seneschal la veult auoir a femme & la moitie du royaulme pource q̄l a occis le serpēt ainsi q̄ il dit. Quāt Tristan ouyt ce si dist: or ne vo⁹ esmayez / car de ce vo⁹ deliueray ie bien: car il mēt. Or me dictes si vous scauez ou la lāgue est q̄ iauoye en ma chausse quāt ie fuz ceans apporte. Sire dist la royne vela cy: & Tristā prēt la lāgue et viēt au palais: & dist deuāt to⁹: ou est le seneschal q̄ dit quil veult auoir yseult et dist quil a occis le serpent vienne auant / Car ie dy quil ment / Et suis tout prest de le prouuer corps a corps / ou autremēt se mestier est. Et le seneschal sault auant / et dist que si. Alors dist Tristan au roy. Sire regardez en la teste se la langue y est: car sachez que celluy qui luy coupa la langue: loccist. Et fut regardee la teste si ny trouua len poīt de langue.

Et tristā monstre la langue: si fut au lieu ioicte dōt elle estoit p̄tie: & fut biē a point. Lors fut le seneschal hue & prins et destruyt: et Tristan fut honnore & seruy quant on sceut quil auoit occis le serpent.

(Denis Ianot. Paris, 1533.)

d)

Le chevalier du papegau.

... «Beau sire, j'ay moult grant dueil forment, car ung serpens enporte ung mien amy si mallement que je croy qu'il l'a ja mort.»—«Damoiselle, et ou est le serpens?»—Et elle luy montre quelle part (56 v.°) il voula. Et il va celle part, et il n'ala mie granment quant il vit le plus grant serpent qui oncques fust veu, et le plus orible, qui pourtoit en sa gueule le chevalier armés, mais il n'estoit pas encores mors, car les armes l'avoyent deffendu. Et le chevalier du Papegau laisse courre le destrier et va ferir le serpent de sa lance enmy le pis, si luy passa tout parmy le cuer oultre, si que le serpent laissa le chevalier cheoir quant il senti le coup; puis se tourne et retourne et meine sa queue qu'il avoit grant et tourtue, et sembloit que ce fust ung dyable. Et tant demaina sa queue entour, pour la mort qui le destraignoit, qu'il attaint par mesaventure le chevalier du Papegau, et l'actaint si fort qu'il gecta luy et son cheval en l'eaue grande et parfonde, et se il ne fu cheu en l'eaue, il fust mors sans recouvrer. Et nonpourquant se fu il moult blecié et si fu tout envenimé pour le serpent qui point l'avoit, dont il est en grant peril se dieu ne luy aide.

Et quant il fu yssu de l'eaue a grant poine, il chevauche son chemin celle part ou il cuide plus droit aller, si n'a pas alé une lieu en sus de l'eaue quant il se pasma pour l'angoisse du venin qui le destraingnoit, et est cheu a (57 r.°) terre, et pour ung peu qu'il ne cheu en l'eaue, et est en tel douleur qu'il ne scet ou il est ne sent de soy nulle chose.

(El caballero salvado por el del papagayo se lamenta de no poder encontrarle, cuando oye a un pescador decir): «Je croy qu'il est encores vif. He dieu, comme il avoit belles armez.» Et sa femme luy redist: «Dieu, que nous avons fait grant pechié que l'avons laissé!»

Quant le chevalier oÿ le pescheur, il c'est apoyé a une fenestre et dist au villain: «Qui estez vous qui ainsi parlés?»—«Sire», se dist le pescheur, «je suis amys.» (57 v.°).—«Et que disoie tu ores?» Et le pescheur qui ot paour de son seigneur, dist: «Sire, nous ne disions autre chose.» Et le chevalier congneut bien qu'il avoit paour, si cuida qu'il eust fait aucun fortait, et commanda a sa gent que ilz luy ameinent le villain et sa femme. Et quant ceulx qui devoient prandre le villain,

furent venuz jusques a l'eaue, ilz on veu en la nacelle au pescheur les plus belles armes et les plus riches que mais ilz veissent. Et le chevalier qui bien les ot veues de ses fenestres, si commença a criër au villain moult fort et a dire: «Ha, maulvais villain, je croy que tu as fait tel chose dont je seray dolant tous les jours de ma vie!»

«Or me dis le voir du Chevalier cui furent ses armes.» Et le pescheur qui avoit grant peur, luy dit: «Sire, mercy pour dieu, je ne l'ay pas mort. Je trouvay ores avant ce qu'il anuitast, ung peu, sur la rive de ceste riviere ung chevalier moult froit et delez luy ung destrier mort; mais le chevalier estoit encores en vie, mais il ne pouoit parler.» El lors sot bien le chevalier que c'estoit cil qui l'avoit delivré du serpent. Si est tantost avalé jus, luy et sa damoiselle, et sont entrés en la nacelle avec luy, et se font mener au pescheur la ou il avoit trouvé (58 r.°) le chevalier, si le trouverent en tel maniere qu'il ne sentoit riens de soy et assés tost fust mors s'il ne l'eust secourus.

Que vous feroy je plus long conte? Ilz l'ont mis en la nef et le menerent jusques au chastel. Et l'ont couché en ung bel lit et l'ont bien couvert et luy font tous les biens qu'ilz peuent, et tant firent que, avant qu'il fust mynuit il ovry les yeulx et parla et dist: «He, beau sire dieu, ou suis je?»

(Edición Ferdinand Heuckenkamp.—Halle a. S. 1897.)

APÉNDICE VII

EL CABALLERO FANFARRÓN

a)

Lodoer molt le covoita, v.° 371
Le cerf querre premiers ala;
Au roi Artu l'a demandé,
Et il ne li a pas vée.

Tyolet.

b)

Keye sprac: «Semmi di heilegeest, v.° 22.340
Joncfrouwe, geeft mi dat hondekin,
Ic sal ember die gene sijn
Die varen sal alre cerst
Proven tgeval in dat foreest.»
. . . . . .

APÉNDICE VIII

TYOLET Y PERCEVAL.—ANALOGÍA DE SUS MOCEDADES

Une dame sa mére estoit v.° 49
Qui en un bois adès manoit:
. . . . . .
Tot seul en la forest manoit, v.° 53
De dis lieus meson n'avoit.
Mort ert ben ot passé quinze anz;
. . . . . .
Mes onques chevalier armé v.° 57
N'ot veu en tot son aé,
. . . . . .
«Une cote est de fer ovrée, v.° 167
Hauberc est par non apelée».
. . . . . .

Tyolet.

Quatorse ans a la dame esté v.° 1.213
En la foriest et conviersé,
. . . . . .
Que C lieus chi environ v.° 1.177
N'en a ne vile ne maison
N'ome ne fame, al mien espoir
. . . . . .
«Ains mais chevalier ne connui v.° 1.388
N'onques mais parler n'en oï,
. . . . . .
«Vallet, fait-il, dont ne vois tu v.° 1.474
Que çou est de fier I haubiers?
. . . . . .

Perceval le Gallois, ed. Potvin, vol. II.

APÉNDICE IX

MORIEN

Ons maect cont die aventure v.° 42.547
Van enen riddere nu ter ure,
Die Moriaen was geheten.
Som die boeke doen ons weten
Dat hi Perchevals sone was,
Ende som boke secgen oec das,
Dat hi was Acgravaels soene,
Perchevaels broder was die goene,
. . . . . .
Quam een ridder jegen hen gereden v.° 42.965
Op een ors van sconen leden,
Ende wel gewapent daer toe.
Hi was al sward, ic segt u hoe:
Sijn hoeft, lichame ende handc
Was al sward, sonder sine tandc;
Ende wapine ende scilt, sekerlijc,
Was al enen *moer* gelijc,
Ende alse sward alse een raven.

Lanzarote neerlandés, vol. I.

COSAS DE ESPAÑA

Ya que el pesimismo se ha encargado de hartarnos con relatos de cosas malas de nuestro país, a las que por antonomasia llama *cosas de España,* bueno será contribuir al imperio de la verdad y a que, por consiguiente, esa frase se aplique para designar las cosas buenas. Antiguas y modernas las hay a calderadas, y yo voy a recordar aquí algunas, pocas, pero significativas, que corresponden al orden de estudios a que con preferencia me dedico: los de Economía y Hacienda.

Se suele admitir, y yo no tengo empeño en oponerme a ello, que las formas modernas de la tributación existen en la teoría y van infiltrándose en la práctica, merced al avance del espíritu democrático. No lo discuto; lo que sí discuto es que esas formas sean modernas, porque existen algunos hechos que autorizan a afirmar que en España son antiguas, tan antiguas que ni todavía se habían aplicado en parte alguna, ni siquiera habían llegado a proponerlas los escritores más avanzados.

Entre esas conquistas democráticas está la exención de impuestos a favor de un mínimo de renta que se denomina mínimo de subsistencia. La teoría de esta exención, atribuída generalmente a Bentham y Stuart Mill, fué desarrollada con anterioridad por varios economistas franceses, ingleses y alemanes (1), bien entrado ya el siglo XVIII; a la práctica se ha llevado después. Esa conquista democrática se aplicaba ya en la España del siglo XIII. El fuero de las aldeas de Alcalá (año 1223) (2), establece que por cada 20 maravedises o más, de valía, se pague uno, no debiendo satisfacerse nada cuando el valor no monte a aquella cantidad. En las Cortes de Palencia de 1286 (3) se dispuso «... et el que ouier quantia menos de

(1) SELIGMAN: *El Impuesto progresivo en la teoría y en la práctica;* trad. española, Madrid, 1913, págs. 216 y siguientes.

(2) CEDILLO: *Contribuciones e Impuestos en León y Castilla durante la Edad Media;* Madrid, 1896, pág. 286.

(3) CEDILLO: *op. cit.*, pág. 380.

cinco mrs. dela moneda sobredicha, que non peche ninguna cosa». Hasta los árabes se inspiraban en esas ideas, pues su principal tributo, el *azaque,* las admitía en cierto modo al declarar exenta la cosecha que no llegase a rendir cinco cahices de granos (1).

El impuesto progresivo es otra conquista democrática. En España ya se aplicó a mediados del siglo XIII. El fuero de Ocaña (año 1251) (2), dispone que «quien oviere quantia de LX mrs. a suso, que peche IIII por el año. El que oviere quantia de XXX mrs. que peche medio mri., otrossi por el año; y el que oviere quantia de XX mrs. fasta X, que peche una cuarta de mri. por el año». Estos pechos constituyen un impuesto progresivo que sería perfecto si no ofreciese una irregularidad (relativa) en el último grado de la escala; en efecto, las cuantías inferiores a 10 maravedises no pagan tributo; las de 20, pagan 1,25 por 100; las de 30, 1,67 por 100, y las de 60, 6,67 por 100. Es verdad que las rentas de 10 maravedises pagaban 2,50 por 100, pero eso debe atribuirse a deficiencias de la técnica impositiva, entonces poco adelantada. El azaque de los árabes se satisfacía por el ganado, según cuotas que representaban del 1 al 40 por 100 (3).

De esos impuestos progresivos se podrá decir que eran poco sistemáticos; es cierto, pero, como acabo de afirmar, las deficiencias eran de técnica más que de orientación.

Ni unas ni otras presenta el impuesto progresivo establecido a principios del siglo XIX por las Cortes de Cádiz (4), y cuya escala era la siguiente:

Los primeros	4.000	reales	pagaban	2 1/2	por 100.
Los siguientes	2.000	—	—	5	—
— —	4.000	—	—	10	—
— —	5.000	—	—	15	—
— —	5.000	—	—	20	—
— —	30.000	—	—	25	—
— —	50.000	—	—	30	—
— —	50.000	—	—	40	—
— —	150.000	—	—	50	—
El exceso sobre	300.000	—	—	75	—

(1) CEDILLO: *op. cit.,* pág. 91.

(2) CEDILLO: *op. cit.,* pág. 290, nota.

(3) GAYANGOS: *Al-makkari,* trad. inglesa, libro I, cap. VIII, nota 42, cit. por COLMEIRO: *Historia de la Economía Política en España,* tomo I, pág. 205.

(4) *Diario de las Cortes de Cádiz,* 1811, t. IV, pág. 229.

Fué aprobada esta tarifa por las Cortes en 24 de Marzo de 1811; pero no llegó a aplicarse por el estado de perturbación en que el país se hallaba.

Este impuesto constituye la primera manifestación de un tributo progresivo científico que se registra en el mundo, porque el impuesto progresivo de Atenas era empírico, y el de Florencia, la *decima scalata,* constituía un medio de expoliación, finalidad con la cual fué establecido. El nuestro no presenta, ni en la intención ni en el desarrollo, deficiencia alguna, porque si es cierto que de hecho no exceptuaba un mínimo de subsistencia, virtualmente se aceptaba esta idea, pues el dictamen de la comisión decía: «Sienta por principio que hasta cierta cantidad, como es la de 4.000 reales de renta, cantidad indispensable para mantenerse todo contribuyente, debe ser muy baja la contribución para que no les falte lo necesario a su subsistencia». Aceptado el principio, no se llegó a la exención de ese mínimo a causa de las preocupaciones de la época acerca de este punto, bien reflejadas en la Constitución, según la cual (Título 7), todas las contribuciones debían repartirse con proporción a las facultades de los individuos, sin excepción ni privilegio alguno.

Basten estas notas para refrescar la memoria de los pesimistas en lo que atañe a cosas de España.

Claro está que los susodichos pesimistas, no hallando en nuestro país nada bueno, procuran nutrir sus escritos de citas de autores extranjeros; las de los nuestros no se recogen sino como arma política o para menesteres de esa profesión. Protesto contra ese olvido y ese mal uso; sirven también para esclarecer científicamente cuestiones doctrinales, y me limitaré a copiar, como prueba, un párrafo de un importante estudio hecho por el profesor americano Seligman (1); dice así: «La cuestión de la incidencia del impuesto sobre el suelo presenta pocas dificultades. Desde la época de Ricardo ha sido tratado frecuentemente y, en general, con éxito. *Es asombroso que el escritor que ha discutido el problema con mayor claridad y sutileza —el economista español Flórez Estrada— haya permanecido* casi *desconocido hasta ahora*». Y poniendo de acuerdo su conducta con su opinión, el citado profesor reproduce las doctrinas de nuestro economista, en las que sólo hace leves modi-

(1) *Teoría de la Repercusión y de la Incidencia del Impuesto;* edición francesa, París, 1910, pág. 343.

caciones (1). Es verdad que de la obra capital de Flórez Estrada hay una traducción francesa; pero el autor norteamericano advierte que tiene a la vista la 6.ª edición publicada en Madrid en 1848, es decir, que la ha leído en nuestro idioma.

Después de lo que dejo anotado, que no es sino pequeña parte de todo lo que se podría escribir, creo que hay motivos bastantes para reclamar que se aplique rectamente la frase *cosas de España,* es decir, para que no se emplee con la significación despectiva con que la usan los *europeizantes*.

L. VÍCTOR PARET.

(1) *Ibidem,* pág. 344, nota 1.ª; cf. también, pág. 346.

LA FILOSOFÍA POLÍTICA

Es un principio platónico en materia de instituciones de gobierno, el siguiente: hallemos instituciones tan sabias, que inspiren a todos los hombres el deseo de ser virtuosos, y tan fuertes, que les impidan ser malvados. La fortaleza de esas instituciones hállala el Sr. Miñana en el *sistema de gobierno técnico*. Y ese es el sentido capital de su nuevo, interesante y luminoso libro *La división de los poderes del Estado (Estudio de Filosofía política y de Legislación comparada)*.

Llegará un tiempo, nos dice Wells en sus *Anticipations,* donde los hombres expertos, los técnicos, tendrán casi exclusivamente en sus manos las ciudades y los medios de transporte, los caminos y las vías férreas, los canales y los acueductos, los víveres, el agua, la electricidad, la artillería, y mecanismos tales de destrucción e intimidación, como no podemos ni imaginarnos siquiera todavía. Esos hombres adquirirán una creciente y común conciencia de sí mismos, con la que se distinguirán de la masa incolora, y alcanzarán la clara visión de un objeto y de anhelos colectivos. En medio, probablemente de las dificultades causadas por el estado de guerra, esas gentes, especializadas en sus actividades eficaces, se encontrarán, por una parte, con que son dueñas del verdadero mecanismo de la vida social, y por otra, ante una perspectiva de horribles desastres y efusiones de sangre, con lo que se les ocurrirá naturalmente la idea de que en sus manos están los medios de que únicamente hay que valerse para que se puedan o no realizar las abominaciones de la guerra, o de la idiota administración y el desgobierno.

Y entonces imagina Wells que vendrá el día en que estos hombres se dirán:

«—Después de todo, es lo cierto que nos importan tan poco los »personajes fastuosos y elocuentes que gobiernan desde arriba,

»como la impotente y confusa multitud que se arrastra abajo abyec-»tamente. ¿Y por qué no hemos de intentar algo más lógico y esta-»ble que la quisicosa a que llaman «gobierno» esas gentes absurdas »que mandan y obedecen? Es indudable que los gobernantes se pue-»den permitir cuanto se les antoje, pero hay una cosa que no pue-»den evitar si la queremos nosotros: el cataclismo de todo su reta-»blo de ficciones. Y la verdad es que nosotros disponemos de estos »preciosos mecanismos, sutiles, realmente ingeniosos, de una poten-»cia ilimitada. ¿Por qué no los ponemos al servicio de una razón más »alta, hasta que consigamos desinfectar los pueblos de gobiernos »sin valor técnico alguno y barrer las calles de vociferaciones gue-»rreras?...»

Con violencia o sin ella, agrega Wells, tal idea llegará a expresarse y se precipitará en hechos. Así como en química una preparación saturada cristaliza tan sólo con que se agite el recipiente que la contiene, de igual manera la nueva clase de hombres se encontrará formada y organizada con la agitación guerrera. Y se convertirá en hecho evidente el que en la actualidad tiene apenas el significado de aspiración consoladora, o sea: que al fin y al cabo la riqueza y los poderes económicos no son fuerzas finales, sino tan sólo influencias que actúan sobre el rebaño de la multitud irresoluta, vigilada por la policía.

De todo lo cual concluye Wells lo siguiente: bien por un trastorno revolucionario, o por una evolución lenta y pacífica, esa confusión incolora en que la democracia consiste, habrá de desaparecer por obra de sus condiciones esenciales, como desaparece un crepúsculo; y de igual manera que la confusión embrionaria de la crisálida se transforma en un organismo más perfecto, así también la democracia dará a luz el Estado mundial futuro.

***

Ignoro lo que un espíritu tan ponderado y de tan seguro sentido crítico como el del Sr. Miñana opinará de todo lo que Wells nos profetiza. Por lo pronto nos da en su obra el Sr. Miñana el ejemplo, verdaderamente espléndido, del dominio de su técnica. No conozco ensayo alguno español donde se ofrezca un examen que nos ilustre tanto acerca de la teoría de la división de los poderes, según la

mente de los autores, o conforme a los brotes de la doctrina y la costumbre (1) en el derecho positivo de los principales Estados, así en el derecho histórico como en el vigente, ya nacional o extranjero, de cuyas diversas modalidades nos informa con brevedad y acertada selección erudita, ofreciéndonos la crítica del sistema parlamentario y del presidencial, para concluir trazándonos el esbozo, como dice —aunque en mi sentir es un compendio exacto de una teoría vital—, referido a la división de los poderes y sistemas de gobierno que esta división supone o se contiene en ella, dialécticamente hablando, al modo que la premisa es proyectada o comprendida en la conclusión del silogismo, donde así en Aristóteles como en Lloyd George se cifra toda la política del mundo.

Porque gobernar es, en efecto, regir la conducta, pero los principios en que ésta se inspire serán las premisas del resultado de gobierno que se obtenga. Entre esos principios está, según dice bien el Sr. Miñana, «considerar como requisito previo a la designación de una persona para un cargo público, el haber mostrado ésta suficiencia de aptitudes para su debido desempeño», sin que baste, como acontece ahora, con que el candidato, no adoleciendo de tacha grave moral, teniendo edad suficiente y no padeciendo enfermedad mental, reuna determinado número de sufragios.

El principio con que elabora el Sr. Miñana su esquema de las funciones de gobierno, no habrá persona alguna de sano juicio que lo niegue. ¿Hay nada más patológico, más incoherente, más contradictorio de sus propios fines que el pretendido ejercicio de funciones de gobierno «sin suficiencia de aptitudes para su debido desempeño»?

Sobre la exactitud genérica de esa afirmación inicial del Sr. Miñana, ni se concibe siquiera que pueda suscitarse la discusión más leve. Pero luego, como si el principio no fuera de una evidencia absoluta, las aplicaciones y aun los desarrollos de él que el autor nos va mostrando, nos persuaden por manera definitiva de que la cuestión está por él perfectamente vista y planteada, sobria y precisa-

(1) Me permitiré agregar a la influencia de esta costumbre en las funciones de gobierno inglesas, citada por el Sr. Miñana, el hecho característico de que el Gabinete y aun las funciones mismas del cargo de primer ministro se ignoran allí por la ley, sin haber sido objeto siquiera de declaración alguna parlamentaria, conforme a Macaulay: *Historia de Inglaterra,* y Todd: *Le gouvernement parlementaire en Angleterre,* traducción francesa de Walpole, vol. II, págs. 1 y 2.

mente analizada, incluso con ingeniosidades de adaptación oportunas y felices, que nos dejan enterados de que, no la especulación imaginativa, sino la verdad más obvia, es la que ha dictado el libro para consagrarlo con la categoría intelectual de algo mejor que el arbitrismo gubernamental del abogado teórico o del profesor con cierto gusto erudito por las divagaciones pragmáticas.

Y sin embargo...

***

¿No cabrá que nos preguntemos siempre si es la técnica, en las funciones de gobierno, lo predominante y decisivo? Entiéndase la buena técnica, no el cerrado horizonte de los especialistas burocráticos, comineros y minuciosos, instintivamente hostiles o inertes respecto de la contemplación amplia de los problemas de administración y de gobierno por los hombres culminantes o geniales.

Que sin una buena técnica, más perfeccionada cada vez, no habrá en adelante países civilizados, y que la medida de su civilización se halla cabalmente en la organización acertada y el tecnicismo inteligente, nadie habrá que lo dispute. Pero con la técnica, con la organización y con las garantías más eficaces de independencia y sustantividad de los poderes, aun nos encontraremos a medio camino del gobierno prudente y progresivo, iluminado con limpio corazón por criterios espirituales de justicia ilimitada.

También hay una técnica del mal, de la violencia agresora, de la fuerza insultante y exultiva. El pasado, la injusticia, los errores y aun los gustos y aficiones más groseros tienen siempre sus servidores inteligentes. En la misma plaza de toros, donde el público grita desde el tendido al presidente: —*¡No lo entiende usted!*—, encontramos un caso más, siquiera sea villano, de la necesidad sentida de capacidades «técnicas». Y es un dicho autorizado, picarescamente sentencioso, de la rufianesca y secular filosofía del monipodio, que «no están en la cárcel los ladrones por ladrones, sino por *malos aprendices de su oficio*».

Hay, pues, que llegar al máximo que nos sea posible en la comprensión del significado, a veces muy complejo, de las cosas. «Indudablemente es uno de los defectos más frecuentes de nuestra flaca naturaleza olvidar que *siempre hay un fondo de bondad en las cosas malas,* así como *siempre hay un fondo de verdad en las*

cosas falsas...» Esas son las líneas que escribió, ante todo, Spencer en el capítulo inicial de *Los primeros principios;* y cuando formulamos críticas científicas y patrióticas acerca de la patente incompetencia de los titulares de las funciones de gobierno, ¿no llegaríamos a un análisis más hondo del punto, ya que más autorizado y certero que los de los Sres. Costa y Sánchez Toca es imposible, preguntándonos qué estados de raquitismo intelectual, qué motivos de atonía moral colectiva, qué razones de insensibilidad cordial, explican que perdure la inferioridad técnica española para las funciones de administración y de gobierno?

Por otra parte, la opinión social es y será fugitiva, ondulante y vaga. La plena conciencia de los destinos de un pueblo, de la regla acertada de conducta en un momento determinado de su historia, estará siempre sujeta a tanteos, a contradicciones desconcertantes y desorientadoras, donde el técnico, por punto general, será como pavesa que se disuelve en llamas de las hogueras de pasiones de los pueblos gobernados.

La sugestión sentimental y delirante de grandeza mundial, infundida por conductores sagaces, ha dado acaso más cohesión al pueblo alemán en sus empresas que toda la perfección técnica innegable de sus servicios administrativos o funciones de gobierno. Como el temperamento y el carácter colorean nuestras ideas, cualesquiera que sean ellas, así también elementos extratécnicos, que no hay arte alguno que llegue a depararlos, aportan a los pueblos en los casos trascendentales de su vida la opinión decisiva, los elementos de intuiciones infalibles, los servidores que, investidos de insignias y prerrogativas momentáneas de gobierno, personifican el genio social con que se afrontan y superan las dificultades de los problemas, o perecen ante ellas miserablemente los sistemas de poderes, con toda técnica y sin ella.

Pero aun suponiendo ya implantada la técnica mejor en tal caso y pueblo dados, todavía nos queda por contemplar cómo reobra sobre ella el ambiente social, con influjo fortalecedor o enervante, de adhesión vivificadora o de desgaste corrosivo. Nuestros estadistas y «geopónicos», que hubiera dicho Jovellanos, del siglo XVIII, ¿qué obra permanente consiguieron, si el conde de Aranda y todos sus magníficos satélites apenas si fueron entendidos, y era de cierto, casi imposible, que pudiera secundarles un cuerpo de nación que tenía la voluntad en mayor deterioro que el cerebro?

Acaso la técnica previa facilitará la obra de los pastores de pueblos, acaso tengan con éstos que improvisar ellos esa misma técnica; quizá también los accidentes fortuitos malogren las esperanzas y estropeen las ambiciones del organismo social de más perfeccionado tecnicismo... ¡Quién sabe, nunca!...

Las sociedades marchan, como el personaje del poema de Campoamor, «*apartando las sombras con la mano...*»

Tanto Wells, como el Sr. Miñana, nos presentan criterios de aplicación, truculentos los de aquél y jurídicos los de éste, amén de consideraciones interesantes y valiosas. Esos criterios parécenme armoniosos, idealmente gallardos en la curva ascensional de sus teorías. Pero cuando advierto que en ambas hay un valor científico, al instante me pregunto: —¿están todos los valores?...

Y he aquí la principal reserva que, con todo comedimiento, me proponía formular ante las doctrinas—tan semejantes y tan diferentes— de estos dos meritísimos autores.

MANUEL GARCÍA CABALLERO.

3 febrero, 1917.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

L. MARTIN-GRANIZO: *Portugal.* Madrid. (Pueyo, imp., 1917.)

He aquí a un peregrino moderno. Es éste un raro, exquisito viajero, que lleva en la retina un tentáculo y un micrófono en el corazón. Viajero que mira, y al mirar pone, para verlas de varios carices, en el severo facistol las cosas; que, al escuchar, aisla, para mejor saber de cosas y personas, en íntima audiencia de confesión. Viajero sabio, que estudia antes que mira, que analiza antes de oir, y cuando llega, él desconocido, a un lugar, helas ahí que salen a recibirle sus antiguas amigas: la Geografía local, la Historia del país, la Economía y la Literatura regionales, y con ellas su viejo amigo el Arte patrio, ese raro y gran señor, que habita sólo en los monumentos, como un duende.

Así fué caminando por tierras de Italia, y de Suiza, y de Francia, y de Flandes (1), y a su paso, este pequeño viajero inapercibido, se llevó la virginidad sentimental de muchas inatendidas cosas, hasta entonces no sentidas o mal comprendidas; viejas criaturas guardadas, de siglos, por la poética dueña tonta, la leyenda, o por el terrible dragón de fuego de la superstición.

Ahora viene de muy lejos, con estar tan cerca de nosotros, que apenas si conocemos bien esas tierras. Viene de Valencia de Alcántara, donde los españoles pusimos un *finisterre* espiritual, y he aquí a uno que se decidió a pasar de él, sin burla y sin prejuicios. Del vecino Portugal viene.

Lo que ha visto un español en Portugal nos cuenta, y nosotros vemos ahora a ese Portugal, tal cual es, ni cómico ni trágico. Maestro en este género de literatura, él sabe bien cómo todo cronista viajero no ha de romper sus lentes para valerse de ellos como prisma, ni menos colorearlos; no puede ni deformar ni dar matiz a las cosas. Ha de ser

(1) Otros libros suyos: *De lo que vió un español en Suiza*, León, 1914; *Impresiones de Italia*, León, 1915; *Mis viajes por España*, Valladolid, Cuesta, 1916; *Viajes por Inglaterra; Viajes por Alemania; El Oriente maravilloso*, etc.

muy personal, pero muy traslúcido; como los fantasmas, los elementales, esos seres que no nos roban espacio ni nos privan de luz.

Acaso, acaso, el viajero dialoga con su sombra, y disputa, cuando ella le habla de cosas en las que él no cree... Mas, ha de devorar su eterna duda el viajero, si escribe, y ha de ser leído por sombras, creyentes en las sombras.

He aquí el trílogo del perfecto viajero, recetario de literatura viajera: *ver, oir* y *hablar* de lo que vimos y oímos. Ver con precisión, oir con atención y hablar sin pasión; mejor si puede ser correcta y bellamente.

* * *

Y es el fantasma de Portugal, en visión de realidad, el que se aparece ahora ante nosotros, evocado por este peregrino apasionado de andar y de ver.

En otra edad, menos prosaica que la nuestra, fué el de viajar un arte, verdadero arte popular, plebeyo en el origen, exquisito en la empresa.

Viaje es el caminar a pie sobre la haz de la tierra sin medios de locomoción, y el viajero se llama «peregrino» *(per agrum ire);* viaje— sin buenas comunicaciones aún— es carrera de dificultades, y se dice «trabajos»; viaje es tiempo consagrado a empresa de andar, con su principio y su medio y su fin, y tomando la más usual medida del tiempo, llámase «jornada», en que la conversación es, para el caminante, «alivio».

Así, el *viajero místico*, con su capota de hule, sembrada de conchas, en la diestra el alto báculo, que remata en el fruto ajeno de la calabaza... el romero, el peregrino, y el *viajero guerrero,* que se alista en Flandes y baja a Italia y cruza el mar, velero hacia las Indias, rígido como su sable, airoso como su pluma, rumoroso como su espuela... el soldado.

Como la historia general, estaba tocada de manía de grandezas esta de los viajes, y casi siempre los cronistas se referían a excursiones de reyes o caudillos, entendiendo que no eran el paisaje y las costumbres lo que interesaba, de no aparecer en torno a los augustos viajeros, como fondo del cuadro.

Así, el *Viaje, sucesos y guerras del Infante Cardenal Don Fernando de Austria, desde XXII de Abril de MDCXXXII hasta XXI de Septiembre de MDCXXXVI,* en Madrid, 1637, por Diego de Haedo. Así, *La resolución varonil o viaje que hizo Doña María Estuarda, Condesa de Tirconel, en trage de varón,* por Alberto Henríquez, en Bruselas, año de 1627. Y el *Viaje de la Reina Doña María Ana de Austria,*

segunda mujer de Felipe IV, hasta la corte de Madrid, Madrid, 1650, de Gerónimo Mascareñas, y la *Jornada de la Reina de Castilla,* de Gerónimo Martínez, y la *Jornada de África del Rey Don Sebastián;* una por Gerónimo Mendoza, otra por Juan Bautista Morales, otra de Sebastián de Mesa, y la *Jornada del Rey Don Felipe II a Portugal,* por Juan Bautista Labanda, y cien más.

Esto, ya en vida, ya en muerte, con toda una literatura de *traslación de reliquias:* las de San Vicente Ferrer, de Francia a España, en Valencia, por Pedro Blasco (Valencia, 1611); las del cuerpo de San Eugenio, desde Francia a Toledo, por Pedro Manrique (Toledo, Ferrer, 1566); del cuerpo de San Ildefonso, por Valeriano Alfonso Ordóñez, o Valeriano de Villaquirán. Pocas veces impersonal, como el *Viaje y naufragio del Macedonio,* de Juan Bautista de Loyola, en Salamanca, por Pedro Laso, y la *Relación del viaje de los galeones de la Real Armada de las Indias el año MDCVII, con descripción de los puertos en que entraron,* de Juan Rodríguez de León. Y en la literatura picaresca, desde *El lazarillo de Tormes* (1554) y *Guzmán de Alfarache* (1599), pero muy especialmente con el *Viaje entretenido,* de Agustín de Rojas (en Madrid, Imprenta Real, año de 1603); con *El passagero, advertencias utilísimas a la vida humana,* del Dr. Cristóbal Suárez de Figueroa, en Madrid, año 1617; con las andanzas del *Soldado Píndaro,* de *varia fortuna,* que escribió Gonzalo de Céspedes y apareció en Lisboa, en 1626; novelas de aventuras viajeras, más que picarescas, estas últimas. Y toda una literatura maravillosa y caballeresca, que tiene por último y aventajado imitador a Cervantes, en sus *Trabajos de Persiles y Sigismunda, historia setentrional,* aprobada en 1616 (1); que así todo viaje es literario por la acción, más que por la observación, por donde «novela de aventuras» es *novela de viajes.*

Entonces, viaje y aventura consonantan, y de aquella poética legión quedó —único superviviente— la pobre muestra del viajero portugués, que da la vuelta al mundo «a pie y sin dinero».

Menos poética, nuestra edad borró colores y aplanó relieves, y a toda noble, esforzada, empresa, podó cruelmente el penacho de la fantasía, sustituyendo ideales por placeres y ensueños por comodidades..., y al viajero místico (que ahora va prosaicamente en el coche de tercera de un tren de peregrinación) sucede el *viajero sportman,* con su golpe de prismáticos en la bandolera, su gorra de cuadros, tal vez su calzón corto, el «excursionista», y al *viajero guerrero* (que ahora se moviliza como gallo enjaulado en el tercera prosaico de un tren militar) sucedió

(1) Véase la *Introducción* de los Sres. Schevill y Bonilla y San Martín a la edición incluída en las *Obras completas de Cervantes:* I. Madrid, Hernando, 1914.

el viajero comerciante, al brazo su caja de muestras, encima su impermeable, el «viajante»; la broca que abre paso, con las asperezas del acento catalán, a la barrena del comercio, con la tortuosidad de sus estrías, que impulsa la remota caldera de la industria, con la suciedad de sus humos...

No es la moderna literatura de viajes sin precedentes en España, que es de mentar al judío español Benjamín de Tudela, el primer viajero laico de la Edad Media, que escribió en 1178 sus *Viajes o excursiones de Benjamín Tudela,* por primera vez publicados en 1543, en Constantinopla, y luego traducidos al latín en Anveres, año de 1575. A partir de Zaragoza, en 1160, recorre el Mediodía de Francia, Italia, Grecia y su archipiélago, Cilicia, Siria, Palestina, Mesopotamia y Persia, volviendo por Arabia, Egipto y Sicilia. Le guía el comercio, pero habla de todo, a través de la visión, moral y material, de la dispersa familia israelita.

Con la enseñanza de las lenguas, billete espiritual para viajar por el extranjero; con la cultura, que despierta el dinamismo del deseo errante y la veraniega pasión centrífuga; con el bienestar material, que da posibilidad a los estériles vagarosos ensueños (una encantadora amiga mía provinciana se entretiene en trazar, sobre el mapa de Europa, un itinerario espiritual por las ciudades de nombre simpático...), renace con sensibilidad del paisaje, conciencia social y voluntad, exploradora, la afición a los viajes, en España.

Es todo y uno mismo en esencia, pero todo cambia, en la forma. Desde los viejos *Periplos* griegos y cartagineses (así, los de Hannon), y los *Itinerarios* romanos (así, el de Rutilio), y las *Rutas* árabes (así, las de Ibn Hankel), hasta las modernas relaciones de los descubridores de tierras, los exploradores africanos, el libro de viajes es —bibliográficamente— un bello apartado, como el jardín de la Geografía, tierras que manan el sagrado licor de la Historia. Mas he aquí que nacen la Antropología y la Sociogeografía; que el viajero, conocido el país, se interesa por las costumbres, y ya la inspiración es clave y el temperamento prisma, y el libro de viaje se transforma de ciencia en literatura.

Y paralelamente a la *guía* viajera, mercantil en su origen, luego burguesa y deportiva, nace la *guía espiritual* de nuestros días, gracioso arte de verdad y de sentimiento, de realidad y de fantasía, de visión y de sensación, mitad temperamento y mitad cultura.

Sin fermento de cultura, los viajes distraen el ánimo, si es que no marean; con bagaje de cultura, los viajes, renovando el ambiente, recordando y contrastando lecturas, despiertan e ilustran, y su recuerdo, si se tomaron notas al viajar, es más que grata memoria personal, que es instructiva lección para los otros. He aquí la *literatura de viajes,* co-

piosa en Inglaterra, escasa en España. Con el decoro de la gran prensa, que envía redactores viajeros por todo el mundo, la literatura de viajes se naturaliza entre nosotros. Antes, fué escasa y esporádica. Así, desde Alarcón el soldado (1861, 1880, 1883) hasta Villasinda el diplomático (1902). Si se exceptúa Italia —descrita ya por Suárez de Figueroa (1617) y luego por Moratín, por J. F. Pacheco, por Castelar, por Cánovas—, ¿qué han visto los viajeros españoles?

Hoy, a semejanza de Julio Huret, el cronista del *Fígaro,* aparece Gómez Carrillo —imitador y traductor— con sus libros del Japón, de Grecia, de Jerusalén y Tierra Santa (1912). La guerra da triste motivo a este género de crónicas, acervo de libros —aquí Valle Inclán, Pujol, Bueno, Gómez de Baquero y otros—, y los pensionados en el extranjero —también nosotros, desde Alemania y Bélgica, en las columnas de un periódico de esta corte— cuentan lo que vieron, estudiando en la vida, en fecundas y lejanas *tierras de estudio.*

Como Julio Huret, el ingeniero, Martín-Granizo no va sin bagaje espiritual, que lleva doble preparación de profesor mercantil y de abogado; procurando en vano, bajo la amena literatura de sus crónicas, ocultar una sólida cultura de seguro lastre; aquello que en los bellos y banales libros de Gómez Carrillo, el lector culto apetece en vano...

Sea bien venida a España esta bella literatura, que ilustra deleitando, en hojas ensartadas de Estadística y de poesía, de Sociología y de anécdota, de Geografía y de Mitología, de Historia y de leyenda... prendidas a la realidad por las pinzas de la observación, volando al soplo de la imaginación en giro eterno.

QUINTILIANO SALDAÑA.

LUIS REDONET Y LÓPEZ DÓRIGA: *Policía rural en España,* volumen I.—Madrid, Imprenta de la sucesora de M. Minuesa de los Ríos, 1916. (328 páginas en 8.°)

La obra cuyo título encabeza estas líneas es, de las varias que se publican en España concernientes a la ciencia del Derecho, una de las más nuevas e interesantes para sus lectores, una de las más penosas para su autor.

Es nueva, porque hasta ahora, que nosotros sepamos, no se había intentado, acaso por lo fatigosa, la labor del estudio comparado de las Ordenanzas municipales españolas; es interesante, porque da a conocer el Derecho que se vive, no el ficticio consignado en un periódico oficial, reglas legislativas frecuentemente caídas en desuso, desconocidas e inobservadas; pero la labor comparada, siempre penosa en cuanto re-

quiere en el expositor dotes nada comunes, lo es mucho más en esta árida materia, ingrata por no prestarse a galanuras de frase, teniendo el operador que manejar un número considerable de textos objeto del estudio comparativo, textos que han de ser sometidos a la difícil tarea de condensación, para ofrecer al lector únicamente las esencias, lo que de la vida vulgar sobresale, manifestando un principio, una tendencia, una idea.

En 1908, por orden ministerial, se envían al Ministerio de la Gobernación las Ordenanzas y Bandos municipales (unas 4.000 de estas disposiciones), y tales materiales son utilizados por el autor para el trabajo benedictino, del que es muestra este primer volumen ahora publicado, con el cual se inicia la obra.

Adopta como plan de exposición el Sr. Redonet la división administrativa provincial, distribuyendo, en cada provincia, la Policía rural española, en los siguientes capítulos: Ordenación y defensa de intereses agrarios; Aguas; Montes y aprovechamientos comunales agrarios; Ordenación pecuaria y Caminos.

En este primer volumen se examinan las Ordenanzas de las cuatro provincias gallegas, y las de Asturias, León, Santander, Palencia y Burgos.

¿Qué puede encontrarse en un trabajo comparado sobre Ordenanzas municipales?

El Derecho consuetudinario expresado por escrito, el reflejo de la vida popular, los enlaces del Derecho municipal con otras ramas jurídicas.

Respecto de los últimos, hallamos referencias, por ejemplo, en el artículo 350 del Código civil y en varios preceptos del penal.

En cuanto a lo primero, hallará el observador atento interesantísimos datos, dignos de estudio. Así se desprende, v. gr., en Coruña, de las Ordenanzas de Riveira (pág. 23), la pulverización de la propiedad en Galicia. De las disposiciones sobre el *rebusco* y el *espigueo*, podrían deducirse conclusiones acerca de la situación en que se encuentra en la práctica la pugna entre la forma colectiva de la propiedad (por aquellas instituciones representada en calidad de supervivencia) y la forma individual. Vestigios de regímenes antiguos los hallamos en las Ordenanzas de Puentedeume (pág. 33 y siguientes), según las cuales en cada parroquia hay una junta compuesta por el párroco y los nueve mayores contribuyentes (régimen de gobierno teocrático-plutocrático), quienes, presididos por el alcalde, resuelven libremente sobre todos los particulares que atañen a los caminos.

El estado del régimen de los bienes comunes se manifiesta en diversas Ordenanzas que regulan los montes y aprovechamientos comunales agrarios.

En alguna de ellas celebraría el protector de los animales encontrar preceptos que prohiben maltratar a éstos.

Sobre el hallazgo de reses disponen las de Pastoriza (pág. 77), que las extraviadas se depositen en poder de un vecino labrador o ganadero, que podrá utilizarlas encargándose de su manutención; sabio precepto que tiene en cuenta la índole del semoviente.

Las Ordenanzas de Asturias ofrecen la peculiaridad de recoger y consagrar en su casi integridad el Derecho consuetudinario y foral, mostrando unas veces el predominio de los intereses pecuarios sobre los agrícolas (págs. 114-115); otras marcan el máximo de la protección forestal, haciendo obligatoria la plantación de árboles, como la asturiana de Caso (pág. 117) y la burgalesa de Sedano (págs. 313 y 314), prohibiendo ésta la tala de nogales aun al propietario, salvo si aquéllos están perdidos, secos o muertos. Estos preceptos nos muestran claramente el camino a seguir para lograr la repoblación arbórea de España, sin dispendio para el Tesoro.

Institución peculiarísima, de marcado sabor evangélico, es la asturiana de la *andecha* (en Grado y Candamo, por ejemplo), consistente en un grupo de personas que se reunen para trabajar gratuitamente en las tierras del propietario o colono que solicita tal ayuda, de la que es una modalidad la encaminada a labrar el campo de los pobres (pág. 119).

Otras reglas parecen ser precursoras del novísimo concepto del Derecho de propiedad como función social, de que nos habla León Duguit en su conocida obra *Las transformaciones generales del Derecho privado*. En efecto; las Ordenanzas de varios pueblos asturianos, anteponiendo el interés general de la ganadería a la conveniencia particular del propietario, prescriben que una junta de vecinos designe los novillos que han de ser destinados a la reproducción, no pudiendo sus dueños venderlos ni sacarlos del lugar. Análogas disposiciones se encuentran en las Ordenanzas leonesas de Villablino, Maraña y Oseja de Sajambre (págs. 176 y 177).

Inspiradas en esta tendencia hallamos, en Ordenanzas montañesas como las de Mogrovejo (pág. 217), reglas acerca de la obligación de tener carro todo vecino que posea un par de bueyes, imponiendo el cultivo obligatorio de una fanega de pan, y en las de Pesquera (pág. 219), que obligan a cultivar en los huertos toda clase de verduras corrientes. También establecen turnos de cultivo las burgalesas de Berberana (página 319).

Enlazadas con las anteriores, y de marcado sabor socialista, son las disposiciones que mandan observar el día que se fije para la recolección de ciertas cosechas, como para la vendimia lo ordenan las leonesas de Villamañán (pág. 152) y las de Onzonilla (pág. 153), en las que ven algu-

nos supervivencias del régimen inmobiliario comunista; las montañesas de Mogrovejo y Argüebanes (págs. 214-215); y las burgalesas de Merindad de Valdivieso y Gumiel del Mercado (pág. 317).

A los repartos de tierras en forma de vitas o quiñones, aluden las de Mansilla de las Mulas (pág. 159).

Curiosísima es la prescripción que se encuentra en las Ordenanzas de Argüebanes, según la cual, «si cualquiera viene de fuera a casarse con hija de vecino, ha de dar a los vecinos del Concejo un refresco de dos cántaros de buen vino, una libra de pan por cada vecino, y una pierna de tocino que pese de ocho a diez libras, o dos quesos de igual peso».

Este precepto se relaciona nada menos que con la práctica de la exogamia, permitida por la tribu a que pertenece la mujer, mediante el pago de un precio por aquel que, siendo de otra tribu, la solicita en matrimonio.

No tienen significación escasa las disposiciones de varias Ordenanzas, entre ellas la de Tabanera de Valdavia (Palencia), en la que se regula «la reunión de todos los vecinos en Concejo, en el que hablarán poco y consideradamente, no se meterán unos con otros, ni darán voces, bajo la pena de un real, o de dos si la acometida es contra el Ayuntamiento»; disposición que recuerda la *Landsgemeinde* suiza, régimen de democracia directa.

La junta consultiva, de la que forman parte tres de los más ancianos propietarios, mencionada en la Ordenanza de Argoños (Santander), nos muestra cómo se encuentran en diversos países vestigios del gobierno de los ancianos (a los que se encomienda, sobre todo, la función judicial), ya encarnados en la realidad, como en dicha Ordenanza, ya como mera supervivencia simbólica, de la que son buen ejemplo los jueces ingleses, ataviados con su indispensable peluca blanca (signo de la ancianidad).

No hemos de terminar esta rápida ojeada y exposición de los interesantes hallazgos que en la obra del Sr. Redonet pueden hacerse, sin mencionar la opinión sustentada en las Ordenanzas de Rasines (Santander), proclamadoras de la supremacía de la antigua y tradicional costumbre sobre las leyes generales modernas, de las cuales se afirma no tienen efecto retroactivo que pueda modificar las costumbres locales de conveniencia común, medio necesario para la existencia y fomento de la agricultura y de la ganadería.

Disposición es ésta digna de reflexión, porque tras un período de desprecio por el estudio y estima del Derecho consuetudinario como fuente jurídica, se inicia ya una reacción en el extranjero, rechazando el fetichismo legal y dando a cada fuente del Derecho el lugar que le corresponde.

Por estas ligeras observaciones se comprenderá la utilidad e importancia de la labor patriótica emprendida por el Sr. Redonet, a quien a la par que felicitamos, le estimulamos —en el supuesto de que estímulo necesitara—, para que prosiga su trabajo, si ingrato y penoso, muy apreciado y aplaudido seguramente por los hombres de ciencia.

EMILIO MIÑANA

NORBERTO GONZÁLEZ AURIOLES: *Cervantes y su viaje a Italia.* Estudio histórico crítico.—Madrid, Viuda de Antonio Alvarez, 1916. Un folleto de 46 páginas en 8.°.

NORBERTO GONZÁLEZ AURIOLES: *Cervantes y Sevilla.* Estudio histórico crítico. (Premiado por unanimidad en el certamen convocado por la Junta provincial de Sevilla para conmemorar el tercer centenario de la muerte de Cervantes.)—Sevilla, 1916.—Un folleto de 74 páginas en 4.°.

Es el Sr. González Aurioles uno de los más cultos y beneméritos cervantistas españoles. Obsérvase siempre en sus trabajos una crítica sólida y serena, acompañada de exquisita discreción, que no le permite aventurarse en hipótesis extravagantes y faltas de base documental. En sus opúsculos: *Cervantes y el Monasterio de Santa Paula de Sevilla, Recuerdos autobiográficos de Cervantes en «La Española inglesa»* (importante estudio, acompañado de documentos inéditos), y *Cervantes en Córdoba,* muestra claramente las condiciones antes expresadas, y no menos las declaran los dos nuevos estudios a que se refiere esta nota crítica: *Cervantes y su viaje a Italia,* y *Cervantes y Sevilla.*

En *Cervantes y su viaje a Italia,* combate la hipótesis de Navarrete, ya discutida por otros cervantistas, según la cual Cervantes marchó a Italia con Monseñor Aquaviva, cuando éste regresó a Roma después de cumplir la misión de dar el pésame a Felipe II por la muerte del príncipe Don Carlos. «No es verosímil —dice con razón el Sr. González Aurioles, después de examinar los deleznables fundamentos de aquella hipótesis— que, contrariando (Cervantes) la voluntad de su padre, en cuyas venas corría sangre de hidalgo, abandonara su modesta, pero decorosa situación de pedagogo en el Estudio de la Villa, para aceptar el oficio de criado, siquiera lo fuese de un señor de muchas campanillas en la corte de Pío V.»

Por otra parte, hay racionales indicios para sospechar que pudo ser el auxiliar de López de Hoyos aquel «Miguel de Cervantes, ausente», condenado a que, «con vergüenza pública, le fuera cortada la mano de-

recha, y en destierro de diez años», por haber dado ciertas heridas a Antonio de Sigura, según la Provisión Real, fechada en Madrid a 15 de Setiembre de 1569, y publicada por Jerónimo Morán.

El Sr. González Aurioles, coincidiendo en esto con otros cervantistas, analiza escrupulosamente todos los pasajes de las obras cervantinas (capítulo IV del *Viaje del Parnaso,* historia de Margarita en *El Gallardo español,* relato de Antonio en *Persiles y Sigismunda,* palabras de D. Sancho en *La Gitanilla)* que directa o indirectamente pueden referirse al lance de Antonio de Sigura, para concluir la probabilidad de que este lance fuese lo que determinara la expatriación de Cervantes. Es posible también (aunque lo conceptúo harto dudoso) que el falso Avellaneda pretendiese hacer alguna velada alusión a tal suceso, cuando en el prólogo de su *Quijote* le recuerda a Cervantes que sólo dispone éste de una mano, tildándole de «soldado tan viejo en años cuanto mozo en bríos», a lo cual contesta el autor de *El ingenioso hidalgo,* lamentándose noblemente de ser notado de manco, «como... si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sino en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros».

Termina el Sr. González Aurioles con estas atinadas consideraciones: «Consignar en la vida de los grandes hombres lo que es digno de alabanza, y omitir, en cambio, lo que merece vituperio, será licencia permitida al panegirista, pero en ninguna manera al historiador crítico, el cual no tiene derecho a pasar en silencio nada de lo que debe saberse, bueno o malo, favorable o adverso, afirmativo o negativo, ni puede seguir otro norte en el ejercicio de su ministerio que el de la verdad y la justicia.» Ridículo sería, en efecto, y aun totalmente opuesto a lo que debe esperarse de un historiador, que éste ocultase cuanto pueda degradar la memoria de sus héroes, como si fuese posible que en la vida más pura no hubiera alguna mácula de mayor o menor cuantía. Eso pretendían los que censuraron a Barbieri por haber dado a luz ciertas cartas, nada lisonjeras para la moralidad de Lope de Vega, al historiar los *Ultimos amores* de este último; y en verdad que semejante proceder de tales críticos, de haber sido puntualmente observado, habría traído consigo el desconocimiento de la personalidad del gran dramático, y aun la imposibilidad de comprender algunas de las alusiones que sus obras contienen.

***

En *Cervantes y Sevilla,* el Sr. González Aurioles estudia de un modo completo y minucioso cuantas referencias a aquella ciudad aparecen en los escritos cervantinos, y asimismo las relaciones que con ella mantuvo el autor de *El ingenioso hidalgo.* Recuerda que los padres

de Cervantes estaban ya avecindados en Sevilla por los años de 1564 (como demostró el Sr. Rodríguez Marín); renueva su hipótesis de que Cervantes, cuando tenía de nueve a quince años, asistiera al colegio de la Compañía de Jesús, de Sevilla, fundado en 1553, colegio loado en el *Coloquio de los perros;* sostiene que fué en Córdoba donde el gran escritor pudo ver representar a Lope de Rueda (aunque tal vez sea más probable la hipótesis del Sr. Alonso Cortés (1), según el cual el hecho debió de ocurrir en Valladolid); examina las andanzas de Cervantes por tierra andaluza, con motivo de ejercer aquél el oficio de Comisario (oficio que, según advierte con razón el Sr. González Aurioles, no era de condición tan subalterna e ínfima como generalmente se admite); y refiere luego los trabajos literarios escritos por Cervantes durante su estancia en la ciudad andaluza. Respecto del soneto *A un valentón metido a pordiosero,* incluído por Pellicer en su *Vida de Cervantes* (considerando *verisímil* que fuese cervantino y copiándolo de un manuscrito de la Biblioteca Real), he de advertir que también se atribuye a Quevedo, y como de éste lo publicó D. Basilio Sebastián Castellanos (y después Janer).

En capítulo aparte trata el Sr. González Aurioles de las prisiones de Cervantes. Sabido es que, según notas de Navarrete, reproducidas por Morán, Cervantes estuvo preso en Castro del Río hacia 1592, si bien Mainez pone en tela de juicio la afirmación, no enteramente clara por cierto. También es sabido que, por virtud de una Real Provisión, fechada en Madrid a 1.° de Diciembre de 1597, se manda soltar a Cervantes «de la cárcel y prisión donde está» (en Sevilla), para que venga a la corte a rendir cuentas de su gestión administrativa. Como en otro documento, fechado en Valladolid a 24 de Enero de 1603, se reproduce el de 1597, en vista de que Cervantes no se había presentado en la corte, se ha pensado que aquél sufrió cárcel dos veces en Sevilla, una en 1597 y otra en 1602 o 1603. El Sr. González Aurioles, con buena lógica, juzga «que no hubo más prisión que la del otoño de 1597, si bien, por error de los contadores o por el desconcierto que reinaba entonces en la Hacienda, tomaron por una nueva carta dirigida a Pedroso la misma que se dirigió al juez Vallejo en 1.° de Diciembre de 1597». Es extraño, en efecto, que las órdenes para prender y soltar a Cervantes, a que alude el documento de 1603, se dirigieran a un *Proveedor general* como Pedroso, y no al juez o al alcalde; y no es fácil explicar que habiendo salido la carta de Valladolid a fines de Enero de 1603, estuviera Cervantes en la corte en 8 de Febrero del mismo año. Pero contra tales consideraciones se ofrecen estas otras: 1.ª Que ignoramos si Pedroso era o no

(1) *Casos cervantinos que tocan a Valladolid.* Madrid, 1916, pág. 78.

juez de comisión, además de Proveedor general, en aquella época, y nada se opone a creer que lo fuese, en el cual caso poseía, según las leyes, facultades judiciales extraordinarias. 2.ª Que no hay, por ahora, dato alguno seguro que compruebe la estancia de Cervantes en Valladolid antes de 1605; el recibo de Andrea de Cervantes al Marqués de Villafranca, fechado en Valladolid a 8 de Febrero de 1603, no prueba que Cervantes estuviese en la corte por esa fecha, según han hecho notar los Sres. Amezúa y Alonso Cortés, y aun se sabe que en 8 de Febrero de 1603 ni siquiera estaba en Valladolid el mismo Marqués de Villafranca. Por otra parte, si el texto del documento de 1603 no responde a un hecho (la prisión de Cervantes en Sevilla), análogo fundamento tendríamos para dudar de que lo representase la Provisión de 1597, y resultaría que habríamos de poner en duda ambos encarcelamientos.

De los amigos de Cervantes en Sevilla, y de las influencias del ambiente sevillano en las obras cervantinas, tratan los dos últimos capítulos de este trabajo, y en ellos recoge el Sr. González Aurioles, con gran diligencia y en ameno estilo, las más interesantes noticias acerca de la materia. Inclínase a suponer (y en esto coincide con el parecer de autorizados críticos) (1) que *La Tía fingida* sea obra de Cervantes.

Son, pues, los dos nuevos estudios del Sr. González Aurioles, importantes aportaciones al ya copioso caudal de la crítica cervantina, y es digno su autor de entusiasta aplauso por haber sabido reunir, en ordenado y atrayente trabajo, datos hasta el presente dispersos y no bien conocidos.

A. Bonilla y San Martín.

R. Monner Sans: *Ensayo de Antología Cervantina.*—Buenos Aires, 1916.—Un tomo de 192 págs. en 8.º

El Sr. Monner Sans, que recientemente ha publicado dos notables estudios crítico-literarios: uno acerca de *D. Guillén de Castro,* y otro sobre *D. Juan Ruiz de Alarcón*, acrecienta la importante y nutrida serie de sus trabajos con este *Ensayo de Antología Cervantina,* nuevo en su género, donde ha procurado recopilar, con tino y buen gusto, las más interesantes poesías, «pregoneras de la admiración profunda que por el inmortal Cervantes sintieron algunos». Arnao, Belmonte Muller, Bobadilla, Bustillo, Díaz Benjumea, Rubén Darío, A. Díaz de Lamarque, Luis R. Fors, Antonio Hurtado, José Lamarque, López García, Montoto, Obligado, Ortega Morejón, Rada y Delgado, Récipe, Riva-

(1) Véanse sus nombres en nuestro libro *Cervantes y su obra.* Madrid, 1916, página 188.

rola, Roxlo, Aureliano Ruiz, Ruiz Aguilera, Ricardo Sepúlveda, Narciso Serra, Silió, Ventura de la Vega y Velarde, son los autores de las composiciones coleccionadas, entre las cuales se destacan un soneto *(El famoso escrutinio)* de Bobadilla, otro soneto y la *Letanía* de Rubén Darío, el *Cuadro de Costumbres,* en romance, de Antonio Hurtado, las elocuentes estrofas del Sr. Ortega Morejón y la poesía de Evaristo Silió. Al Sr. Monner Sans, que considera justamente a Cervantes como poeta (aunque no fuese, ni mucho menos, extraordinario, cosa que el propio autor del *Viaje del Parnaso* reconocía), no se le oculta que ninguna de las composiciones por él reunidas y vistas posee excepcional mérito. «Conocemos —dice— felicísimos ensayos poéticos, brillantes composiciones, y de unos y otras muestras hay en el presente libro; pero, no obstante lo leído, no se desvanece nuestra sospecha de que Cervantes no fué hasta hoy cantado como él merece.»

Así y todo, ha hecho bien en formar esta pequeña y amena *Antología,* que puede cumplir, entre otros fines, el de iniciar a muchos, con la dulce armonía del verso, en los *misterios* de la biografía de Cervantes y de la significación de la obra cervantina. Es, además, de utilidad bibliográfica el copioso inventario de *poetas cervantinos* que acompaña al *Proemio galeato* y que comprende cerca de doscientos nombres. Echamos de menos, entre éstos, el del gran poeta Gabriel García y Tassara, autor de un famoso soneto *cervantino.* En cuanto a la poesía de Zorrilla, mencionada en la página 54, publicóse primero en la revista *El Liceo,* el año 1838.

A. Bonilla.